



HISPANIA NOVA  
Revista de Historia Contemporánea

“Por una nueva historiografía. Un manifiesto cientifista”

en

*Idearium. Revista de Historia y Teoría Contemporánea,*  
1992, vol. I, pp. 23-73

**JULIO ARÓSTEGUI SÁNCHEZ**

# POR UNA NUEVA HISTORIOGRAFIA. Un manifiesto cientifista.

Julio Aróstegui\*

*"... a single profession, one that is unique in begin neither a science nor a social science nor an art, but a combination of all three".*

## I. EL PROBLEMA DE LA HISTORIOGRAFIA ACTUAL.

No parece injustificada la impresión de que, en el campo de la fundamentación teórica y metodológica de una disciplina del conocimiento de la Historia, de la investigación historiográfica, nos encontramos sobre terreno mucho menos firme de lo que lo está en las demás, o en muchas de las demás disciplinas que se ocupan de la investigación social. Como vamos a ver a lo largo de este escrito, tal impresión se justifica en varios tipos de realidades que no son difíciles de constatar. Sin embargo, ello no oculta la presencia de alguna situación paradójica. El intento de fundamentar teóricamente la peculiaridad y la irreductibilidad también, sin duda, del conocimiento de la Historia y de definir las reglas fundamentales de su método -sin excluir una clara imitación de la empresa que Emil Durkheim emprendió para el caso de la Sociología<sup>1</sup>-, tiene unos orígenes notablemente antiguos. El intento de fundamentar una "ciencia" de la Historiografía no es más reciente, desde luego, que los esfuerzos análogos por hacerlo con la Sociología, la Antropología, la Geografía y otras disciplinas paralelas. ¿Por qué entonces el grado de formalización, de coherencia, de articulación de esa disciplina del conocimiento de la Historia, es decir, de la Historiografía, es menor que en otras ramas paralelas de la ciencia social?

La respuesta a esta pregunta no es complicada, pero sí requeriría una exposición extensa, que no podemos hacer aquí. En todo caso, la argumentación completa que sigue en

---

<sup>1</sup> Aludo, claro está, al célebre texto de E. DURKHEIM: Las reglas del método sociológico, cuya edición original francesa es de 1895, de la misma época en que aparecieron algunos manuales de fundamentación historiográfica, los de Langlois-Seignobos o Bernheim, por ejemplo. De la obra de Durkheim existen múltiples versiones españolas, muchas más que de la de Seignobos. Tampoco esto deja de ser sintomático.

\* Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid.

este texto, parte del convencimiento de que bastantes años de producción y de especulaciones sobre la naturaleza y el método del conocimiento de la Historia; no han hecho de la Historiografía una ciencia social fundamentada y coherente. La Historiografía no ha desterrado nunca; hasta hoy, la vieja tradición de la *cronística*, de la descripción narrativa y de la dispersión metodológica. Esta me parece que es la situación básica visible hoy.

En el campo historiográfico sigue habiendo además un elemento peculiar y anómalo: no pocas veces la producción teórico-metodológica -o pretendidamente tal- sobre Historia e Historiografía, ciertos textos normativos sobre la situación y papel de la Historiografía en el conjunto de las ciencias sociales, la "filosofía" sobre todo ello, no procede de los historiadores, sino de otro tipo de estudiosos: filósofos y filósofos de la ciencia, metodólogos, teóricos de otras disciplinas sociales, etc. Es más que probable que, en alguna medida, el distanciamiento que forma parte, por desgracia, de la tradición historiográfica, respecto de ese tipo de producciones y su relativo descrédito -todo hay que decirlo-, haya de explicarse por su misma procedencia y por la forma de su difusión. Creo no ofender a nadie, al señalar que no es infrecuente que, entre los historiadores, se desconozcan los escritos, por ejemplo, de Levi-Strauss, de Arthur Danto, de Popper, de Kuhn incluso, por no hablar de Hempel o de Agnes Heller. Hay filósofos que insisten en que los historiadores actuales "no suelen plantearse problemas de método"<sup>2</sup>. Sabemos que, como afirmación categórica, tal cosa es poco mantenible, pero resulta sintomática. Esa falta de conexión, de caracteres graves, sin duda, es muy difícil de eliminar antes de que se desarrolle un esfuerzo notable en favor de una concepción mucho más elaborada de la Historiografía y de la formación necesaria al historiador. Durante mucho tiempo se ha considerado que *el historiador no es un teórico, que su función no es filosofar, que historiar es narrar las cosas como efectivamente sucedieron*.

Después de casi tres decenios de aparente progreso "básico" de la Historiografía, no sería exagerado señalar que hoy, en los ambientes académicos y fuera de ellos, en el contexto de la perduración de no pocos prejuicios y tópicos y de la asunción acrítica de algunos supuestos motivos de satisfacción, apoyados, en general, por una notable ignorancia de todo lo que no sean libros de historia "positiva", se ha instalado un perceptible inmovilismo en la profesión.

---

<sup>2</sup> E. LLEDO: *Lenguaje e Historia*, Barcelona, Ariel, 1977, 9

Tampoco puede dejar de señalarse, no obstante, que ya se atisban las primeras reacciones contra ello. En la Historiografía de hoy, y preocupantemente en la que procede de una buena parte de los profesionales jóvenes, no puede dejar de señalarse un cierto grado de banalización del trabajo, una rutinización absoluta de las prácticas y las enseñanzas, un aislamiento intelectual, marginador, de la actividad de historiar, y la persistencia, en fin, de situaciones de mandarinato y cacicazgo, en el que cada día participan más las industrias y los medios de difusión cultural. Todo lo cual, en definitiva, justifica la impresión global de que en la Historiografía no acaba de desterrarse definitivamente toda una larga tradición de "ingenuismo metodológico", que constituye una de las peores carencias del oficio.

Lo que acabo de mostrar, en modo alguno me parece una caricatura. Pero sería tendencioso dejar de destacar - como ya he sugerido- que, junto a ello, sobre ello, frente a ello, existen también otras realidades que contribuyen a presentar un horizonte más contrastado. Grupos reducidos de profesionales, mucho mejor formados, abiertos al mundo científico que les rodea, han hecho esfuerzos más que notables para impulsar, por todos los medios, el conocimiento de corrientes metodológicas generales en las ciencias sociales, y es evidente que no han dejado de tener influencia en la actividad historiográfica. Pero no me parece que ello sea suficiente, y por ello mismo, tampoco me parece que huelgue este *manifiesto* en el que el lector se va adentrando.

Proponer un trabajo renovado de fundamentación de la Historiografía, atreverse a entrar en el terreno de una reformulación o de una reconstrucción de disciplina, tan problemática y tan disgregada como la nuestra hoy, por muy cautelosamente que la tarea se emprenda, comporta riesgos que no se nos ocultan, y obliga a reconsideraciones acerca de tres tipos de cuestiones que, a modo de introducción, quiero presentar ya. La primera de ellas es la referente a la entidad misma de la Historia, de lo histórico. De forma paralela al caso de la Sociología, donde la ontología del ser social constituye siempre un tema teórico recurrente, donde las corrientes y contracorrientes teóricas tienen una fluencia incesante, es ineludible repensar, día a día, la Historia -lo que en manera alguna tiene nada que ver con el flujo de las modas sobre lo que hay que historiar-. Después hay que entrar en la reconsideración constante también de qué conocimiento es posible de la Historia, en el estado actual de los conocimientos científico-sociales. Por último, hay que

innovar siempre los medios e instrumentos, el utillaje del "oficio" de historiar. Hay que "crearlos", y no estar permanentemente adaptando procedimientos creados en otros campos. Evidentemente, el intento de encontrar esa triple respuesta, o esa respuesta en tres fases, tiene que enfrentarse con otras muchas cuestiones, ligadas, preliminares, colaterales o derivadas de las tres fundamentales.

Cualquier fundamentación teórica de un campo de estudio ha de empezar lógicamente por establecer, de la manera más nítida posible, los perfiles y límites exactos de ese campo en cuestión. Ello no equivale del todo a establecer el "objeto" de una ciencia, pero constituye el punto de partida. ¿Cómo es posible que el historiador rara vez se plantee la pregunta **qué es la Historia** -se entiende la Historia como realidad ontológica-, y deje ese problema al filósofo?. Una teoría de la Historiografía ha de partir, como un punto inexcusable, de la pregunta por la identidad de la Historia, que no es en exclusiva una pregunta filosófica. Es comprensible que, sin respuesta suficiente acerca de la naturaleza de esa entidad, no la haya tampoco sobre la posibilidad y formas de conocimiento, ya que la cosa y su conocimiento están ligadas de forma dialéctica. La disquisición acerca de lo que es la realidad histórica no es necesaria y exclusivamente una tarea filosófica y, menos aún, el objeto exclusivo de la Filosofía de la Historia. Es, por el contrario, una investigación que encaja en el seno de la teoría de la sociedad, y que ha de plasmarse en proposiciones contrastables.

La interrogación central a dilucidar sobre la naturaleza de la Historia es precisamente la de si lo histórico es sólo *una dimensión inserta en las cosas existentes* o si se trata de una realidad "*sui generis*", irreductible a cualquier otra. Si "histórico" es una adjetivación predicable de realidades de otro género o es una realidad sustancial distinta. La naturaleza de lo histórico es, pues, lo primero que tiene que dilucidarse en una propuesta como la que aquí se hace.

Para el historiador, lo histórico, sea una realidad "*sui generis*" o una *dimensión* de las cosas, tiene, en todo caso, dos connotaciones que fundamentan su investigación: en primer lugar, que la Historia existe inseparablemente unida a la realidad social, a la Sociedad, de forma que no hay realidad histórica que no sea al tiempo social, y que no existe Sociedad que no sea asimismo Historia; en segundo lugar, que la entidad de lo histórico se identifica, se determina, en el cambio-tiempo. La Historia, por tanto, es una entidad cuya definición

incluye inextricablemente otras dos: la de Sociedad y la de Tiempo. Lo histórico-temporal reside en lo social, y lo social en lo histórico.

Dicho de otra forma, la Historia es la confluencia entre lo social y su irreversible inmersión en el tiempo, para dar lugar al sistema global de lo humano. La Historia es, en su realidad final, la sociedad en su comportamiento temporal. Las ciencias sociales no constituyen su objeto a partir del hecho social, sino en un "continuum" formado por el hecho **socio-temporal** o hecho **socio-histórico**. Si esta realidad se cercena en alguno de sus componentes o variables, aparecen entonces epistemologías y metodologías parciales. El fundamento de una teoría de la Historia -decimos estrictamente de la Historia, no de la Historiografía -es la concepción de la realidad social-temporal.

Establecido lo que la Historia sea, es inmediato a ello el análisis de la posibilidad de conocerla, de construirla como hecho de conocimiento. La realidad histórico-social es objeto perfectamente plausible para el tipo de conocimiento que llamamos ciencia, según desarrollaremos algo más después, si bien, hoy por hoy, con limitaciones y dificultades que a nadie escapan. A partir de este supuesto, es preciso analizar, en grado suficiente, qué cosa sea "ciencia", pero de forma más específica y directa es preciso dilucidar, como marco general en el que toda la disquisición sobre la posibilidad y forma de conocer la Historia se desenvuelve, qué cosa es precisamente "ciencia social". Así, sobre el supuesto de que el conocimiento de la Historia se inscribe dentro de los conocimientos científico-sociales, construir una **teoría del conocimiento de la Historia**, debe entenderse como empresa análoga a la que representan la Teoría Sociológica, Política o Antropológica, y se alinea en el mismo plano que éstas, y con sus mismas limitaciones.

Una teoría del conocimiento de la Historia, en resumen, tiene que abarcar, al menos, tres órdenes de cuestiones: una, la de cómo se construye el "objeto" de conocimiento, es decir, qué es lo que se puede conocer de la Historia; después, la de cómo se explica lo histórico, o sea el por qué de los procesos temporales; y, por último, cómo se expone la Historia, cómo se transmite su conocimiento, es decir, qué es el "discurso histórico".

Pero, por otra parte, en las cuestiones estrictas de metodología, el establecimiento de una posición clara, completa, operativa y asequible, es, de la misma forma, enteramente irrenunciable. Cuando se trata de cuestiones de

método, toda cuidadosa clarificación, debe ser calurosamente recibida. La primera de las distinciones pertinentes es la que debe establecerse entre lo que es teoría del conocimiento de un campo de la realidad, y lo que es el método empleado para garantizar la adecuación de los conocimientos, antes de darlos por establecidos. Una disciplina se funda sobre unos objetivos precisos y unos instrumentos, y en ello no vale confundir fines con medios. El trabajo de investigar tiene una lógica, atraviesa unas situaciones o estadios, aunque en modo alguno con una secuencia establecida de forma rígida, obedece a unos presupuestos y tiene que producir un tipo determinado de discurso. La ciencia está constituida por un tipo especial de método, pero nadie puede asegurar su éxito. El establecimiento de un método propio es cosa esencial en la ciencia, y sólo es posible hacerlo en el trabajo efectivo. Pero la depuración metodológica, en cualquier caso, no es meramente experiencia, sino también teoría. Un método se ubica en el espacio que hay entre la definición de campos teóricos y las técnicas para convertir los hechos en "datos".

Las tentaciones acosan, sin embargo, por distintos frentes. Una, la reglamentarista. Frente a cualquier reglamentismo a ultranza, nunca está de más insistir en que el método está constituido por un conjunto de presupuestos o de situaciones o de contextos, antes que por conjuntos de reglas. No hay reglas absolutamente prescriptivas para la investigación, más que en lo que se refiere a reglas lógicas. Las sanas críticas de Feyerabend, son clásicas en este sentido.<sup>3</sup> Otra es la del fetichismo, que puede derivarse de un "cientificismo" escasamente fundado. La verdad de las conclusiones sólo la garantiza la eficacia de los métodos y la idoneidad de las técnicas; pero ni métodos ni técnicas podrán decir nunca qué debe ser investigado, ni pueden vaticinarnos qué vamos a encontrar al final de la investigación.

La metodología historiográfica, como se ha dicho muchas veces en tiempos recientes, ha progresado sobre todo a partir de la importación de métodos desde disciplinas sociales cercanas. Esto es cierto, según demuestran sin dificultad campos tales como la historia social y la económica, la del arte y otros sectores de más precisa especialización aún. Esto es cierto, decimos, y resulta problemático. Un progreso decisivo para la Historiografía y

---

<sup>3</sup> FEYERABEND, P.K.: *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1974; (la edición original era de 1970). La ironía de Feyerabend en relación con la metodología prescriptiva ha llegado a su cumbre, por ahora, en *Diálogos sobre el conocimiento*, Madrid, Cátedra, 1991.

para su consolidación como ciencia social desarrollada, tiene, como condición inexcusable, la elaboración de una metodología historiográfica autónoma, que hoy precisa ir mucho más allá, claro está, del persistente positivismo factualista, de cierto tremendismo verbalista y retórico de origen *annalista*, de rígidos dogmatismos de signo diverso. La metodología historiográfica tienen que elaborarla los investigadores de la Historia. En este terreno hay, hasta ahora, demasiado opinante y demasiado importador, creemos.

La contribución plausible, probabilista, pero con el punto utópico que su condimentación requiere, a la construcción de un verdadero fundamento nuevo para la Historiografía habría de recalar, en último extremo, en aportaciones en algunos terrenos neurálgicos, terrenos prioritarios en la reconstrucción de la disciplina. Unos terrenos y unas contribuciones en los que las propuestas operativas nos parecen que podrían ser enumeradas como sigue:

**Primero**, se trataría de establecer un punto de partida de toda especulación teórica que dé por supuesto que la Historiografía no tiene ningún significado, ni porvenir autónomo, fuera del destino común de las Ciencias Sociales. Desde el campo de la Historiografía, ese convencimiento fue, sin duda, uno de los aportes esenciales de la escuela de Annales, si bien la escuela nunca obtuvo de ello todas las consecuencias posibles, mientras la unicidad de la exploración de la realidad social, es un axioma esencial en las corrientes dialécticas, marxistas. Esos aportes no están exentos de grandes dosis de retórica; es preciso ir mucho más allá en el desarrollo de tal posición. Pero en este campo no todo está por crear: la dialéctica, la teoría de la acción, la sociología histórica, introducen hoy elementos sobrados para una reformulación históricamente formalizada de la realidad social.<sup>4</sup> La problemática de conjunto, tantas veces tratada y enfatizada, que afecta al conocimiento del hombre desde un plano pretendidamente científico, comprende plenamente, y recoge con total plenitud, los problemas que trata la Historiografía.

**Segundo**, se trataría de presentar, en forma de esbozo cuando menos, una alternativa de definición del significado y el campo de la Historiografía de manera estricta, en las coordenadas de la realidad donde confluyen el fenómeno

---

<sup>4</sup> Es de gran interés la aportación a este efecto contenida en P. SZTOMPKA: Society in action. The theory of social becoming, Cambridge, Polity Press, 1991. La posición de Sztompka sobre lo social como "devenir" tiene un extraordinario interés para la Historia y la Historiografía. Véase también una exposición más breve de esa posición en P. SZTOMPKA: La ontología del llegar a ser social. Más allá del individualismo y el holismo. En T. GONZALEZ DE LA FE (Coord.): Sociología: unidad y diversidad, Madrid, CSIC, 1991.

social y el tiempo. En ese punto se produce lo histórico, que, como "hecho", es una cuestión dada, pero que, como "conocimiento", ha de ser construido. Una alternativa que establezca que la Historiografía tiene como objeto teórico la **construcción de lo histórico**. Mucho se ha discutido sobre lo sustancial en la trama de lo histórico. ¿Dónde se plasma y se explicita lo histórico? Lo más elemental, y lo mínimo que hoy se puede decir, es que lo histórico sólo puede aprehenderse a través de la definición de "estados"; muy lejos de la idea positivista de "hecho", en el punto mismo de la confluencia entre "estructura" y "acción". Esta es la clave, a nuestro modo de ver, para poder formular hoy con claridad un "objeto" de conocimiento en la Historia, o lo que es lo mismo, una Teoría de la Historiografía.

**Tercero**, sería preciso un intento, lo más instrumental y operativo posible, de describir y establecer cuáles son los bagajes que fundamentan, posibilitan y hacen eficaz el trabajo del historiador o historiógrafo. Es decir, es inexcusable fijar cuáles son los fundamentos metodológicos que habrá que empezar a renovar y establecer, si es que tiene algún sentido hablar de un **método histórico** y, en todo caso, describiendo con rigor cuáles son los "métodos" que de hecho emplea el historiador y qué juicio merecen. Tampoco aquí cabe hablar de un marco distinto del de la problemática conjunta del método de la investigación social. Los problemas peculiares de la investigación de lo histórico sólo pueden ser abordados habiendo atravesado primeramente aquel otro estadio.

**Cuarto**, y último, derivado lógicamente y estrechamente enlazado con lo anterior, se trataría de contribuir a cambiar, reorientar, ampliar y fortalecer, en profundidad, el bagaje formativo del historiador. Ello es hoy un objetivo máximamente deseable. Para empezar, habría que atacar un mal de principio: el del casi total desconocimiento del campo contextual, donde está situada la Historiografía. Poco puede consolar, a este efecto, la certeza de que en otros campos disciplinares científico-sociales, ocurre algo semejante: las ciencias sociales tienen como enemigo directo el intento gremial de acotar espacios cerrados. El progreso de las ciencias sociales sólo puede tener lugar -los hechos lo demuestran sobradamente- por la vía interdisciplinar. Pero existe una tendencia asfixiante al gremialismo. Hay que contar, desde luego, con la posibilidad de que las posiciones aquí definidas sobre el "territorio" - expresión utilizada por Le Roy Ladurie, pero objeto de la ironía

de Chesneaux<sup>5</sup>- del historiador, no coincidan con otras y puede que no gusten a muchos. No por ello vamos a propugnarla con menor fuerza.

La disciplina historiográfica se mueve hoy entre Scila y Caribdis. Entre una práctica medular, que es "humanística de evasión", incapaz de decir nada serio sobre la realidad, y una fecundidad de ciertas empresas aisladas, que tenderían a acabar con el necesario sentido de unidad disciplinar. La prospectiva no muestra, me parece, un panorama brillante. Es posible imaginar, sin gran esfuerzo fabulatorio, algo que, por lo demás, los signos de los tiempos muestran ya por sí mismos, sobre el contenido, sentido y proceso de elaboración de la "memoria histórica" en el futuro. Si permanecen las tendencias de hoy, el futuro de la disciplina que hoy llamamos comúnmente **Historia** y que, como he propuesto insistentemente en diversas ocasiones, debe ser llamada **Historiografía**, es más que problemático. El cultivo del conocimiento de la historia y el tipo de discurso historiográfico académico de hoy, están llamados a desaparecer en un plazo medio, cuya determinación exacta vendrá marcada desde fuera. Volveremos sobre ello al final del texto. Ahora he aquí las argumentaciones que desarrollan estas propuestas iniciales.

## 2. CULTURA HISTORICA E INSUFICIENCIA HISTORIOGRAFICA.

Hoy, en la década de los años noventa del siglo XX, existen suficientes e importantes razones para afirmar que la **Historia** emerge, otra vez, como un ingrediente imprescindible del proyecto que intenta hallar pautas nuevas para la práctica intelectual. Nuestras formas de conocimiento son hoy, más que en las décadas anteriores, historicistas, son conocimiento de lo histórico. Por circunstancias diversas, pero bien establecidas, tradiciones de pensamiento dispares de finales de este siglo, convergen en considerar, como punto de partida de esa renovación buscada, una profundizada reflexión -revisionista además- sobre la Historia. La Historia hoy es sometida a múltiples reinterpretaciones. Esto tiene, incluso, una proyección más genérica: alcanza a la conciencia presente de la necesidad de una revisión del sentido en que entendemos el significado de todo tipo de procesos y, en especial, de aquellos que son acumulativos, irreversibles, que

---

<sup>5</sup> Me refiero a los textos E. LE ROY LADURIE: Le territoire de l'historien, Paris, Editions Gallimard, 1973, no traducido al español, y J. CHESNEAUX: ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la Historia y los historiadores, Madrid, Siglo XXI, 1984 (6<sup>o</sup>)

contienen y mantienen en sí mismos, intransferiblemente, el tiempo<sup>6</sup>. Conciencia, pues, de la necesidad de una reflexión sobre el significado de la Historia y sobre el papel de ésta en esas nuevas formas de conocimiento que se buscan.

No pretendo traer como buena nueva un nuevo historicismo. Es innegable que otros componentes distintos y, sin duda, fundamentales de las aportaciones actuales de las ciencias de la sociedad, impregnan también de forma ostensible las manifestaciones más conspicuas del pensamiento creativo. La Sociología, por ejemplo, nos enseña hoy el mundo -aun cuando la suya haya sido, según se ha dicho, una "incierto victoria"- más de lo que sabíamos cuando se desencadenó la gran aceleración del cambio social que ha caracterizado la segunda mitad de este siglo. A. Giddens ha dicho recientemente que "la sociología juega un papel clave en la cultura intelectual moderna, y ocupa una posición central en las ciencias sociales"<sup>7</sup>. La Antropología, por su parte, ha acabado aceptando que ya no quedan "primitivos", lo que, al tiempo que propicia una significativa crisis de la disciplina, ha hecho que vuelque su atención esclarecedora sobre nosotros mismos, quienes nos creíamos tan lejos de esa categoría de pueblos<sup>8</sup>.

La reflexión histórica, por su parte, para que tenga su pleno valor, no puede producirse al margen de las otras explicaciones que ofrecen sobre la sociedad las demás ciencias sociales. La Historia no tiene sentido sino en el contexto total de las "dimensiones" de la sociedad. Pero, por paradójico que pueda parecer, es muy posible que supere a todas las demás formas de diagnóstico, en su posibilidad y capacidad de vaticinar acerca de lo que nos espera de inmediato<sup>9</sup>. Hoy no creo que nadie dude de la potencia explicativa de lo social, que es capaz de aportar el ejercicio de entendimiento de la Historia. La paradoja no es tanta como

---

<sup>6</sup> Los estudios y ensayos sobre el significado del tiempo no proceden, por lo común, de historiadores. En el sentido de lo que decimos en el texto, puede verse: I. PRIGOGINE e I. STENGERS: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1990 (2ª edición corregida y aumentada), y de los mismos autores, *Entre el tiempo y la eternidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1990; K. POMIAN: *El orden del tiempo*, Madrid, Ediciones Júcar, 1990; W. BERGMANN: "The problem of Time in Sociology: an overview of the literature on the state of theory and research on the 'Sociology of Time', 1900-1982" .- En *Time & Society*, London, vol. I, January, 1992, pp. 81-134.

<sup>7</sup> A. GIDDENS: *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 33. Estamos ante el manual sociológico seguramente más completo que existe hoy en el mercado.

<sup>8</sup> J. LLOBERA: *La identidad de la Antropología*, Barcelona, Anagrama, 1990.

<sup>9</sup> Posiblemente no es ajeno a tal capacidad de vaticinio el éxito de ciertas especulaciones recientes de este orden. Parece inútil poner como ejemplo las de F. Fukuyama. Cfr. de este autor, *El final de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

parece: la Historia no es, de ninguna manera, el conocimiento que menos aporte a la posibilidad de explicación de lo que nos rodea en el presente, y a la profecía de lo que nos espera.

La Historia, entre los demás elementos *vivos* -ya que, o la Historia es un elemento actuante, o carece de significado- que conforman el aparato explicativo de lo social, y que permiten un conocimiento de ello con aproximada certeza, es una realidad sólo cognoscible, sin embargo, a través de mediaciones necesarias, que naturalmente se pretende que sean lo más eficaces posibles. Pero es un error corriente suponer que la Historia es la única realidad, entre las que conforman lo social, cuyo conocimiento sólo es posible de forma mediada. Ese fue, seguramente, el mayor de todos los equívocos del positivismo historiográfico clásico, que durante tanto tiempo ha condicionado la disciplina, y cuya herencia permanece más viva de lo que se suele creer. Muy al contrario, todos los parámetros discernibles de lo social, y del mundo exterior a lo social, son "hechos de conocimiento" que han de ser construidos<sup>10</sup> y, como tales, no son realidades dadas.

Ahora bien, como consecuencia de las condiciones específicas del conocimiento de las realidades históricas -no tan diferentes, sin embargo, como decimos, de las condiciones de cualquier otro conocimiento-, una revisión de la especie de la que hemos mencionado, en el sentido preciso de una "vuelta a ver", de una reinterpretación, de la Historia -pues de ello se trata-, habrá de ser, de una u otra manera, una revisión *también* de la naturaleza y de la fiabilidad del *discurso historiográfico*. Explícita o implícitamente, una revisión de la Historia es lo mismo que una revisión de la escritura de ella, una revisión de las formas de su conocimiento. Y es precisamente en este tipo de implicación de la realidad presente, la de la necesidad de revisar el discurso histórico, que a su vez es el discurso historiográfico, donde el presente análisis encuentra su génesis y también su objetivo.

Las circunstancias del presente que potencian la búsqueda de una nueva consideración de lo que la Historia representa, tienen explicaciones de varios tipos. Unas de ellas son, justamente, de índole *histórica*. Esto es, tienen su fundamento en la coacción que imponen las circunstancias coyunturales de este tiempo presente: es preciso reflexionar sobre la Historia, a causa del extraordinario cambio de Historia,

---

<sup>10</sup> E. TIERNO: *Conocimiento y Ciencias Sociales*, Madrid, Tecnos, 1966. Cfr. pp. 15-27, sobre la diferencia entre "hechos" y "hechos de conocimiento".

de civilización, al que estamos asistiendo<sup>11</sup>. Nuestra época se presenta con "un profundo sentido del cambio histórico"<sup>12</sup>, y que sea en la prensa diaria donde afloren estas cuestiones, muestra el nivel de actualidad de tales convencimientos. La década de los noventa -¿quién lo duda ya?- ha comenzado con cambios espectaculares y nuevas guerras localizadas, cuyas implicaciones a escala planetaria no es preciso glosar. El fin real de todas las consecuencias que trajo el último de los grandes conflictos bélicos mundiales, ha hecho repensar cuál sea el inmediato "orden del mundo", en sustitución del que se daba como aceptado en el periodo de los inmediatos años anteriores. Estos tiempos de cambio histórico son perceptibles incluso en la velocidad misma de los acontecimientos.

Hay, de otro lado, razones de índole *intelectual*: aquellas que parecen generarse en la sensación que tenemos de un real estancamiento de la creatividad de las artes de la imaginación y, en cierto modo, de la ciencia, en estos finales del siglo XX, en un mundo que se enfrenta a problemas nuevos, en el contexto de abismales desigualdades. La Filosofía y las Ciencias Sociales, por su parte, se ven inmersas en procesos de búsqueda afanosa de la salida posible a un cierto y patente atasco. La crisis de las Ciencias Sociales es un hecho innegable, de difícil pronóstico, si bien ello no es, por sí mismo, un motivo de desesperanza. Por desgracia, en el conjunto de la ciencia, las formas nuevas de civilización han impuesto una cierta lógica del "todo vale". Esto es algo que puede afectar a la Física<sup>13</sup>, o puede hacer en Sociología que un conocido profesional nos presente, como la última novedad sobre la "sociedad reflexiva", una memoria de oposiciones con aspecto de haber sido escrita más de diez años antes, y que obtenga además buena crítica en la prensa amiga<sup>14</sup>. En Historiografía pueden presentarse, como novedades, textos escritos doce años antes, o recomendársenos, en 1988, "por una nueva Historia", la

---

<sup>11</sup> Cfr. el texto de una socióloga, Margaret ARCHER: "Unidad y diversidad. Crítica del falso universalismo en las teorías de la modernidad", en El País, 5 de julio de 1990, suplemento 'Temas de nuestra época', pp. 3-4.

<sup>12</sup> En el más influyente periódico del mundo, The New York Times, decía esto la articulista Flora Lewis, el día 1 de enero de 1991.

<sup>13</sup> Así lo expresa un físico español, César Gómez: "la ciencia se hace demasiado especulativa y todo empieza a valer". Entrevista en Diario 16, 29 de enero de 1991.

<sup>14</sup> E. LAMO DE ESPINOSA: La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1990. Debe prestarse atención al aparato crítico bibliográfico empleado.

“vuelta a Ranke”<sup>15</sup>. Por todo ello, el recurso a una lectura rigurosa de la Historia se nos presenta como una urgente necesidad crítica, y tal crítica ha de ser, primeramente, crítica **historiográfica**.

Hay, en tercer lugar, razones que podríamos llamar *técnicas*. Y tales razones técnicas son las que tienen una especial relación con la problemática del conocimiento de la Historia. En el siglo de las tecnologías hay que revisar muy a fondo la eficacia de los **oficios**. La figura clásica del historiador, que epistemológicamente no es más que un ingenuo cronista que “relata” ficciones documentadas, una figura que renace con fuerza en los años ochenta, parece difícil que en esta década final del siglo pueda ofrecer otra credibilidad que no sea la que le otorgue el arte literario. La credibilidad del arte, pues, y no otra. Ahora bien, las artes ilustran pero no resuelven. Una paradoja, ésta sí que bien real, parece, por ende, hacerse ostensible: una *Historia* a la que se pide, con toda razón, que cada vez explique más cosas, se ve servida por una *Historiografía* muy poco a la altura de aquella exigencia. Abunda la Historiografía banal, que hace, además, problemas de meras banalidades, y tan poco dispuesta a explicar, como preparada para divertir. Tan desorientada y enredada en la repetición, como estancada en sus recursos técnicos.

Pero si la paradoja es clara, la moraleja no lo es menos. Si el historiador de hoy quiere interpretar algo de la realidad que vive, tiene que recomponer su oficio, su formación, sus pretensiones. El historiador tiene que optar entre *narrar al estilo de la ficción* o *explicar el mundo*. O, lo que nos lleva de inmediato a la cuestión central, para entender la Historia hoy es preciso *recomponer la disciplina de la Historiografía*. Como quiera que este texto pretende proponer una cierta forma de entender el oficio de historiar, necesariamente habrá de volver sobre estos puntos polémicos. Un teórico marxista, Leo Kofler, ha expresado la misma idea, en forma, por otra parte, repetidamente expuesta también por diversos autores. La ciencia histórica, dice, tiene en juego su sentido, límites y método, “otra vez se ve forzada a escoger entre descriptivismo y conocimiento de lo esencial”<sup>16</sup>. De acuerdo. No obstante, es menos suscribible la idea de Kofler de que el camino correcto para elegir una opción, no pueda recorrerlo

---

<sup>15</sup> Me refiero respectivamente a Sh. BEN AMI: Los orígenes de la Segunda República Española. Anatomía de una transición, Madrid, Alianza Editorial, 1990. El texto original es de 1978 y se publica sin retoques. Y J.P. FUSI: “Por una nueva Historia: volver a Ranke”, en Perspectiva Contemporánea, Madrid, vol. I, nº1, octubre 1988, pp. 153 y ss.

<sup>16</sup> L. KOFLER: Historia y Dialéctica, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, 11. Esto, escrito a comienzos de los años setenta, sigue siendo cierto hoy.

por sí misma lo que él llama la "ciencia histórica positiva".

Lo decisivo, pues, de esta situación nos parece que se puede resumir en pocas palabras. El importante componente histórico de nuestra reflexión actual sobre el mundo, la instrumentación "histórica" de la misma polémica existente sobre los fundamentales acontecimientos de nuestro tiempo - "El final de la Historia" y otras aporías-, en modo alguno se ven servidos por un adecuado **conocimiento científico de la Historia**, o, lo que es lo mismo, por una Historiografía, como práctica intelectual, a la altura de lo que debe exigirse de ella.

Aunque pueda parecer desmesurada, es mantenible la afirmación de que decenios de reflexión crítica sobre la Historiografía, no han conseguido aún hoy una verdadera disciplina rigurosa del conocimiento de la Historia, con adecuada contextura y con unicidad significativa. En modo alguno querría hacer de esto un diagnóstico tremendista. Y de otra parte, lo dicho es, en realidad, cosa que ya han repetido muchos clásicos de la Historiografía de nuestro tiempo. Y así, pese a los esfuerzos y los triunfos de al menos tres grandes maneras renovadoras de entender la Historiografía en estas últimas décadas, su práctica habitual sigue ligada a formas mucho más tradicionales.

En efecto, los progresos introducidos en la práctica historiográfica por tres grandes corrientes: la escuela francesa de *Annales*, los diferentes marxismos nacionales desde la posguerra de 1945 -entre los que puede señalarse el francés, el italiano y hasta el español, y no sólo el británico, habitualmente citado- y, en fin, el interés, más problemático y menos disciplinar, de la filosofía analítica de origen británico y norteamericano, por los problemas del conocimiento de la Historia, ámbito este menos conocido por los historiadores de oficio de lo que merece<sup>17</sup>, no han eliminado en el grado deseado la persistente rutina de la escritura de la Historia tradicional cercana a la creación literaria. Las más recientes polémicas parecen no haber contribuido en medida relevante

---

<sup>17</sup> Un buen ejemplo de los trabajos sobre teoría historiográfica desde la perspectiva de la filosofía analítica, en P. GARDINER (Ed.): *The Philosophy of History*, Oxford University Press, 1974, con contribuciones de Winch, Mandelbaum, Dray, Hempel, Walsh, Berlin, Nagel, entre otros. La revista de la Wesleyan University, *History and Theory*, es el principal punto de confluencia de todo el trabajo de la filosofía analítica de la Historia en el mundo anglosajón. Es verdad, sin embargo, que este intento de analizar a la luz de la metodología empirista de la ciencia la labor del historiador adolece de claras falacias de partida y de desconocimiento casi total por parte de muchos de sus cultivadores de lo que los historiadores hacen en realidad actualmente, como el suponer, verbigracia, que lo que el historiador intenta explicar sigue siendo el evento, y no, por ejemplo, el sistema.

a la lucha contra el escolasticismo en la profesión<sup>18</sup>.

El contenido acusadamente histórico de la reflexión creadora actual, tiene, por último, razones *sociales*: en las sociedades occidentales ricas, de alto consumo de masas - como las llamó en época de mayor euforia Rostow- conviven una acusada cosificación de los productos intelectuales y una relevante presencia de todo tipo de insolidaridades, con otro mundo de connotaciones bien distintas, con corrientes que buscan en la Historia elementos para la acción ética, para la creación de paradigmas de acción de nuevo cuño, y que también habían buscado anteriormente, durante mucho tiempo, fundamentos para la acción política transformadora. Presentar de nuevo a la Historia como la "magistra vitae" que suponían los clásicos, sería una ridiculez; me limito a destacar cómo ha habido gentes que han seguido pensando en ella como base suministradora de nuevos puntos de apoyo para la acción. La Historia, ya lo he dicho en otras partes, como memoria colectiva, como producto objeto de socialización, es en realidad una forma de acceso a la explicación del presente. Y como quiera que éste es cada vez más difícil de explicar, la explicación de la Historia se torna cada vez más exigente.

Pero lo que nuestras argumentaciones pretenden, sin embargo, no es tanto una disquisición sobre la Historia, como sobre la construcción de la **Historiografía**. Aunque, en buen orden lógico, aquélla sea previa a ésta. Pero, ¿el hecho de que necesitemos buenas y nuevas explicaciones de la Historia, significa que hayamos de enfrascarnos una vez más en las "metodologías"? ¿Significa, por tanto, esta reflexión un nuevo discurso sobre métodos?. En todo caso, lo menos que puede decirse es que el autor de este texto es, hoy por hoy, muy escéptico sobre el rigor de los instrumentos teórico-metodológicos que usa el historiador tipo. Incluso, más que plantear su convencimiento de esa forma, puede hacerlo en el sentido de afirmar su creencia de que, en muchos supuestos, el historiador carece de formación teórico-metodológica alguna. A consecuencia de tal escepticismo, cualquier reflexión sobre esta materia, ha de ser necesariamente combativa.

Por lo pronto, aquí se pretende sostener una tesis explícita sobre el significado de la Historiografía como ciencia

---

<sup>18</sup> Véase el enormemente sugerente texto de la reseña hecha por Lawrence Stone a dos recientes libros de Sir Geoffrey Elton y G. Duby, "Dry heat, cool reason", en The Times Literary Supplement, 31 de enero de 1992. En la Historiografía de hoy conviven los reaccionarismos más insospechados con ambigüedades y modas permanentemente en liza.

social. Y se mantienen otras dos: la primera, sobre el objetivo prioritario de historiar, la segunda, sobre el perfil nítido, adecuado y suficiente, que a fines del siglo XX habría de tener la formación de un científico social que se llama *historiador*, el que produce la Historiografía. En principio, esto parece claro, pero es innegable que, si se profundiza algún grado más en la realidad existente o en las posiciones de los propios historiadores, las oscuridades aparecen pronto.

El historiador y la Historiografía..., pero ¿qué cuestiones son éstas?. A nadie se oculta que las gentes comunes tienen una idea bastante arraigada y tópica de lo que es la Historia y que, probablemente, saben muy poco del sujeto que la escribe y la presenta bajo la forma de textos: el historiador. Pero, ¿no hay muchas de estas gentes comunes, y menos comunes, que se enfrentan a veces, o muchas veces, con dudas significativas sobre la verdad, la pertinencia y la utilidad de esa supuesta *narración articulada de hechos y procesos humanos* que se le presenta como Historia?. A partir de esta constatación, empieza a estar indicada una discusión sobre la manera de acceder a ciertas realidades sociales, que decimos que constituye el conocimiento de la Historia.

Si la Historia es asunto con alguna relevancia para el espíritu humano, la Historiografía y el historiógrafo o historiador habrían de serlo también por su implicación muy directa en lo que las gentes conocen como tal Historia. Pero, pese a todos los lugares comunes puestos también en circulación desde hace tiempo, la Historiografía es una actividad intelectual con un estatuto bien precario. La Historiografía aparece, en el campo de las ciencias sociales, como una pariente pobre. Y no será preciso, por ahora, que preguntemos por la ontología de lo histórico; limitémonos a preguntar sólo por el discurso que se llama Historiografía.

Así, pues, y por ir derechos al centro del problema, ¿de qué género es ese discurso que supuestamente representa la Historia de los hechos humanos?: ¿es, como se cree, un terso relato de acontecimientos del pasado?: ¿es una forma de narración literaria?, ¿un texto que se integra en el ritual riguroso de la socialización, establecido por la "memoria colectiva oficial"?; ¿es una propuesta acabada de interpretación o explicación de algo?: ¿es una curiosidad intelectual o un elemento imprescindible de la cultura?. Y el historiador, como individuo que compone ese texto que se llama "una Historia", ¿qué es?: ¿un literato, un intérprete, un taumaturgo, un oficiante?, ¿O un científico, acaso?.

De cualquier forma, nuestra tesis pretende responder a

preguntas de esa índole, contribuyendo en lo posible, precisamente, al menguado corpus teórico-metodológico de la disciplina historiográfica. Debemos hablar, además, de un **oficio de historiar** para el que es preciso dotarse de un bagaje de habilidades. En ese sentido, conviene hacer ya una observación preliminar: siempre que en este texto hablamos de "Historiografía", hablamos de una "disciplina empírica", de una investigación de lo social, desde posiciones y ángulos, y con instrumentos metódicos definidos y autónomos. No hablamos, obviamente, de filosofía ni de metateoría, ni incluimos tampoco en el concepto préstamos tomados a historicismos o escatologías. Pero lo que sí debe estar claro justamente es que, en el terreno teórico, se mantiene aquí que lo **histórico** es un elemento constitutivo e inseparable de lo **social**. Y es en ese preciso sentido teórico y metodológico, en el que hablamos de la Historiografía como una pariente pobre de la Sociología, Antropología o Politología -entre otras disciplinas-, por la menor articulación, por el momento, de sus presupuestos, sus conceptos y desarrollos teóricos. Se ha dicho que los progresos espectaculares de la Historiografía, desde la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, se han debido precisamente a los "préstamos" metodológicos, tomados de otras ciencias sociales. En la medida en que esto es cierto -y lo es en muy buena parte- se trata de una servidumbre presente, más que de una ventaja de algún tipo.

Por último, toda disquisición sobre la teoría historiográfica que se desarrolle en el seno de las teorías de las ciencias sociales, tiene también sus límites precisos. Pero se trata de límites, por lo general, comunes a todas las disciplinas particulares. La problematicidad del intento de tratamiento científico, afecta casi por igual a toda investigación de objetos sociales. La disquisición sobre el tratamiento empírico de lo histórico, tiene los límites comunes de toda especulación teórico-social. Y algunos más, sin duda, en nuestro caso. Ello obedece a una razón estructural inesquivable: constitutivamente, la consideración *modo histórico* de los hechos sociales, significa su tratamiento con la presencia inexcusable de la variable *tiempo*. Lo cual pone las cosas a una luz mucho más difícil en el análisis de la realidad social.

### **3. LA HISTORIOGRAFIA, LA CIENCIA Y LA CIENCIA SOCIAL.**

Tal vez uno de los mayores problemas con el que se enfrenta todo tratamiento de la teoría y metodología historiográficas estriba en la necesidad de encontrar una estricta localización y definición del ámbito en el que, entre las

maneras posibles de abordar la realidad cognoscible de lo humano, pueda ubicarse el conocimiento de la Historia. La cuestión podría sintetizarse en una sola pregunta: ¿qué conocimiento es posible alcanzar de la Historia?. Las controversias sobre la caracterización del **conocimiento** de la Historia, que es capaz de aportar la investigación historiográfica, han sido numerosas desde que la Historiografía obtuvo un *status* académico. Pero no nos detendremos a dar cuenta de ellas aquí. Nuestro objetivo, por ahora, es tan solo fijar los términos en los que se entiende que una discusión de ese tipo es posible y necesaria.

Existe un primer tipo de conocimiento de la Historia: el de la memoria individual y colectiva, para las cuales - especialmente para la segunda- el conocimiento de lo histórico se refiere a la preservación y perpetuación de una cierta imagen del pasado social. El individuo y la colectividad disponen, para el acceso a las fuentes de tal conocimiento histórico, sólo de instrumentos rudimentarios, y el producto que de ellos se deriva, suele identificarse a veces con el mantenimiento de la "tradición"<sup>19</sup>. Más o menos elaborado, lo que podemos llamar conocimiento "común" de la Historia, no suele contener habitualmente mucho más que la transmisión de unos ciertos relatos episódicos, pero constituye uno de los elementos del complejo de "la cultura", que han de ser tenidos entre los más poderosos en la conformación de los sistemas sociales. Todo el complejo de la tradición, todo el acervo cultural heredado como "Historia", se nutre de este conocimiento común de lo histórico. Otra cosa es, sin embargo, la "oficialización" de la memoria histórica, problema que tampoco abordaremos ahora aquí. La Historia, como valor común, aceptado por una cierta comunidad, es un elemento de configuración de la sociedad de primera magnitud, pero, historiográficamente, una aprehensión de lo histórico de tal tipo, tiene una significación sujeta, cuando menos, a discusión.

En segundo lugar, existe otro posible conocimiento de lo histórico: el que se emprende a través de la filosofía. Tampoco vamos a extendernos aquí en un juicio riguroso sobre la *Filosofía de la Historia*. De hecho, "filosofar" sobre la Historia es una práctica existente mucho antes de que los filósofos comenzaran la construcción de esa "Filosofía de la Historia", antes de que Voltaire diera un nombre preciso a esa actividad, y mucho antes también de que Ortega y Gasset la

---

<sup>19</sup> Sobre la formación de la tradición contiene elementos interesantes el viejo libro del Prof. E. TIerno GALVAN: Tradición y modernismo, Madrid, Tecnos, 1962.

llamara "equívoca faena". Desde la Ilustración, en consecuencia, la Filosofía de la Historia es un mundo de especulación, con su propia dinámica. Kant señaló explícitamente que "el intento filosófico de elaborar una historia universal", sería un propósito "interpretado erróneamente si se pensara que, con esa idea de una historia universal, que contiene, por decirlo así, un hilo conductor *a priori*, pretendo suprimir la tarea de la historia propiamente dicha, concebida de un modo meramente *empírico*"<sup>20</sup>. La posición cauta de Kant no es seguida con tanta claridad por otros filósofos, a partir del propio Hegel, que desconfía de los historiadores.

Hay muchos modos y objetivos distintos de una especulación filosófica sobre la Historia y también, desde luego, sobre la Historiografía. Resulta en todo caso plausible mantener que el tratamiento *modo* filosófico de la Historia, apenas ha ayudado nunca, sino casi todo lo contrario, a su conocimiento *modo* científico. Es posible una especulación ontológica sobre el significado, origen y sentido de la Historia, que es lo que, en tiempos recientes, se ha llamado "filosofías sustantivas de la Historia"<sup>21</sup>, y que es bastante más de lo que Voltaire o el propio Kant hicieron. Y es posible también una especulación lógica o psicológica sobre el sentido de la Historia, no siendo rara ninguna de estas empresas. Son conocidas, por otra parte, las especulaciones sobre la Historia de procedencia bien específicamente teológica o, con más ambicioso contenido, especulaciones teleológicas o escatológicas, a partir de "interpretaciones" del pasado con mayor o menor contenido mítico. En definitiva, existe un conocimiento común, otro filosófico y, ni qué decir tiene, que los hay también mítico, religioso y artístico, de la Historia. Todos ellos legítimos, históricamente funcionales y culturalmente relevantes. Y abundan, por último, las especulaciones metodológicas, desde el campo de la Filosofía del conocimiento o de la ciencia, sobre el conocimiento histórico.

Ahora bien, es posible un cierto tipo de pregunta, que podría ser hecha en conjunto a todas estas formas de conocimiento de la Historia: ¿cuál es el grado de **verdad** que es posible alcanzar en este conocimiento?; ¿cómo evaluar la validez del conocimiento, la adecuación y la certeza de las

---

<sup>20</sup> E. KANT: Ideas para una Historia Universal en clave cosmopolita, Edición con estudio preliminar de R. Rodríguez Aramayo. Madrid, Tecnos, 1987, pp. 22-23. Los subrayados son del autor.

<sup>21</sup> Véase, a propósito de este tipo de filosofía, la obra de A. DANTO: Análisis Filosófico de la Historia. Cambridge University Press, 1965. Obra de la que hay una versión de algunas partes en español.

diversas formas de aprehender lo histórico?. Una pregunta como ésta nos lleva de inmediato a otro plano, sobre el que tampoco vamos a entrar aquí en discusiones protocolares: hay un tipo de conocimiento que es el que mejor asegura la autoevaluación de su grado de certeza. Se trata, como es comúnmente admitido, aunque sea en el seno de una compleja problemática, del conocimiento científico. La consecuencia es, pues, una pregunta prácticamente inevitable: ¿es posible **un conocimiento científico** de la Historia?. Pero, en última instancia, ¿es pertinente una pregunta de esta índole?. La discusión de estas cuestiones no es fácil en poco espacio.

En realidad, semejante interrogación ha sido formulada ya en múltiples ocasiones. Es casi tan antigua como la aparición misma de lo que se llama ciencia "normalizada", en el mundo occidental. Y ha tenido aún más pertinencia desde que existe un tipo de ciencias a las que se llamó "sociales". Pero lo que no parece discutible es que, independientemente de la sin duda compleja respuesta que tal pregunta pueda tener, es cuando menos pertinente intentar que la reflexión teórica sobre las posibilidades de conocimiento de la Historia, se sitúe en un campo de referencia adecuado. Entre los tipos de conocimiento posibles para la mente humana, el campo de referencia de la ciencia ha sido ya empleado en muchas especulaciones, al analizar el conocimiento de la Historia. Pero no sólo él. El conocimiento de la Historia ha sido interpretado, a lo largo del tiempo, desde las posiciones de referencia del sentido común, la filosofía, la religión, la mitología o el arte literario. Y ninguna de ellas es disparatada.

El valor de esos conocimientos puede ser evaluado también desde diversos ángulos, y en tal evaluación, no es impertinente el elemento orientativo que atiende a los "fines" a que se dirige el conocimiento. No todas las formas de conocimiento tienen el mismo valor, pero tampoco los mismos objetivos. En definitiva, es evidente que una evaluación de la naturaleza posible del conocimiento de la Historia, una evaluación que pretenda analizar la posibilidad misma de fundamentar una **teoría** de ese conocimiento, remite de inmediato al campo de lo que se llama **ciencia**, o sea, un nuevo tipo más -el más seguro- de conocimiento.

Si se acepta esta argumentación, se desprendería de ella que es precisa alguna estipulación de lo que debe entenderse por conocimiento de tipo científico, y se desprende igualmente que cualquier pretensión de fundamentar una *nueva* teoría de la Historiografía, no puede

dejar de explicitar una cuestión como ésta, a efectos, por lo menos, del uso adecuado del lenguaje. Pero la ciencia, a su vez, tiende a entenderse hoy como una forma de conocimiento que tampoco es unívoca<sup>22</sup>. Un paso más allá en el problema general nos coloca ante esa parcela delimitable, aun cuando con su propia problemática también compleja, de la práctica científica de las llamadas **ciencias sociales**. No parece que necesite mayor justificación, y menos a efectos introductorios, la afirmación de que la Historiografía se encuentra, en todo caso, relacionada con esas ciencias sociales o ciencias de la sociedad. Se ha dicho, con entero acierto, que es a ese conjunto de disciplinas que forman las "ciencias sociales", a lo que "se remiten, desde los últimos decenios del siglo XIX, los historiadores que buscan conceptos que les permitan poner orden entre los hechos"<sup>23</sup>. La insistencia, sin embargo, en que la Historiografía es una ciencia social más, nunca será excesiva, y de ello se deriva, en definitiva, la necesidad de que la teoría historiográfica se aborde en un contexto bien delimitado: el de la teoría de las **ciencias sociales**.

Estamos así ante el problema central que queríamos abordar aquí, cuya resolución es otra de las grandes premisas o condiciones de una teoría del conocimiento de la Historia: ¿es la Historiografía una investigación propia del campo de las ciencias sociales, habida cuenta de lo que hoy es tal campo, y de la problemática general de la ciencia -en términos genéricos- y de las diversificadas ciencias sociales -en términos más específicos-?. Un inventario de las respuestas, nos mostraría con seguridad que éstas no son, desde luego, unánimes, incluso manteniendo la cuestión sólo a ese nivel de ciencia "blanda", en el que se desenvuelven las ciencias sociales menos formalizadas. Y esto aumenta la complejidad y la dispersión de tal tipo de disquisiciones, puesto que no se trata ya sólo de que existan afirmaciones o negaciones taxativas sobre la posible "cientificidad" de la investigación de la Historia, sino, además, de que una respuesta fundamentada sobre ello, precisaría primero de matizaciones

---

<sup>22</sup> La bibliografía actual sobre los problemas del conocimiento científico es prácticamente inabarcable. De forma meramente introductoria al asunto podríamos citar aquí a dos autores, en relación con el estado de la cuestión, fácilmente asequibles en español. Los dos fáciles y muy difundidos libros de A. CHALMERS: ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? y La ciencia y cómo se debe elaborar, ambos publicados en Madrid, Siglo XXI Editores, 1988 y 1992. El otro es F. FERNANDEZ BUEY: La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado, Barcelona, Crítica, 1991. Más clásica y compleja sobre la estructura de la ciencia, F. SUPPES: La estructura de las teorías científicas, Madrid, 1979. Referencias posibles también son los escritos de Popper, de Bunge o de Newton-Smith.

<sup>23</sup> K. POMIAN: El orden del tiempo, o.c., 181. (La versión original francesa es de 1984).

profundas sobre la propia categoría de ciencia social.

De cualquier manera, es fácil encontrar un punto de partida. El núcleo de la práctica o actividad de la Historiografía tiene, en principio, una delimitación clara. No parece posible ni imaginable que la Historiografía, como práctica intelectual orientada a descubrir cosas sobre el hombre, pero, sobre todo, a explicar procesos humanos o sociales, después de sistematizar la observación de ellos, pueda entenderse sin una relación de algún tipo con el ámbito de lo que llamamos ciencias sociales. Y, sin embargo, de forma tópica, reiterada, confusa y, desde luego, interesada, la relación de la Historiografía con el conjunto central de las llamadas ciencias sociales, aparece con frecuencia, al menos desde las posiciones de un cierto y no pequeño conjunto de autores y escuelas, enfocada de manera harto negativa y problemática. Por ello hablábamos antes de la necesidad de insistir en la afirmación taxativa de esa relación y esa pertenencia. ¿Obedece la situación descrita a limitaciones propias de la disciplina historiográfica, o es producto de los criterios de las corrientes dominantes hoy en la teoría de las ciencias sociales?

Algunos detalles breves pueden resultar significativos. Un conocido sociólogo, Daniel Bell, en su recuento de los progresos de las ciencias sociales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de los setenta, no solo no analiza la trayectoria de la Historiografía, sino que esta disciplina no es siquiera mencionada entre las tales ciencias<sup>24</sup>. Un diccionario, editado en España, sobre el vocabulario de las Ciencias Sociales, no incluye como tal a la Historiografía, ni la palabra "Historia" aparece en él con sus connotaciones habituales<sup>25</sup>. Y no faltarían otros muchísimos ejemplos de estas actitudes, tanto hacia la realidad de la Historia en el análisis social, como hacia el papel de la disciplina historiográfica, implícita o explícitamente mostradas.

El tratamiento que de la Historiografía hace un metodólogo tan conocido como Jean Piaget, es paradigmático de la expulsión de la Historiografía del "templo" de la ciencia social sería y, más aún, como cabría esperar, en consecuencia, de la ciencia social

---

<sup>24</sup> D. BELL: Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial, Madrid, Alianza Editorial, 1984. (La primera versión es de 1979).

<sup>25</sup> R. REYES (ED.): Terminología científico-social.- Barcelona, Anthropos, 1988. La palabra "Historia" no aparece en este diccionario sino para explicar el concepto de "historia de vida". Menos aún, claro está, aparece la palabra "Historiografía". El asunto no cambia en el Anexo, aparecido posteriormente.

"nomotética".<sup>26</sup>

El estructuralismo, uno de cuyos teorizadores es el propio Piaget -como método del análisis social- se basa en esencia precisamente en la negación de la especificidad de lo histórico y, por ende, de la categoría de ciencia social para la Historiografía. Algo semejante muestran las posiciones funcionalistas. Toda la tradición estructural-funcional de las ciencias sociales, se apoya en la pretensión de encontrar teorías naturalmente *ahistóricas* del comportamiento social.

Para algunas potentes tradiciones intelectuales que han nacido en la práctica de ciencias sociales, como la Sociología, la Antropología y Etnología, la Politología, Psicología y algunas más, el término "ciencia social" no contempla en su extensión la investigación de la Historia como una disciplina autónoma. Para tales tradiciones teóricas, la Historia no es una entidad investigable autónomamente, sino que lo que existe es un método "histórico", poco más que meramente preliminar, de análisis de realidades sociales. La visión de la Historia, como la mera proyección diacrónica de realidades que constituyen el objetivo de las ciencias sociales, fue mantenida asimismo por Piaget.

Bien es verdad, sin embargo, que estas posiciones no agotan el panorama de las diversas teorías o filosofías de las ciencias sociales. Hay, no menos potentes tradiciones, en la investigación social, cuyo fundamento epistemológico es el reconocimiento de la historicidad de todos los fenómenos sociales, lo cual, si bien no lleva a un reconocimiento inmediato y explícito de la entidad de la Historiografía, sí conduce a la colocación de la Historia como factor esencial de toda investigación social. La Historia puede ser considerada una realidad o dimensión no reducible a otras, pero ello no lleva siempre al reconocimiento de la necesidad de una investigación autónoma. El espectro de posiciones es desde luego amplio. Es claro que el historicismo, toda la tradición marxista, la hermenéutica alemana o la más reciente Sociología histórica, entre otras corrientes, se mueven dentro de parámetros propios en este problema. La tradición weberiana tiene también personalidad propia en este contexto. Y cabe añadir una consideración más: ciertas posiciones científico-filosóficas actuales, en relación con problemas básicos del mundo físico o de la cosmología, apoyan con claridad la explicación temporal-irreversible de

---

<sup>26</sup> J. PIAGET: "La situación de las ciencias del hombre dentro del sistema de las ciencias"; en J. PIAGET, W.J.M. MACKENZIE, P. LAZARSELD Y OTROS: Tendencias de la investigación en las Ciencias Sociales, Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 40-120.

los procesos del universo, lo que equivale a decir la explicación "histórica"<sup>27</sup>.

Pero la cuestión no quedaría enteramente planteada sin una mención a lo que, desde el interior del campo mismo de la Historiografía, se piensa sobre todo ello. Así, en efecto, ¿se tiene el historiador a sí mismo por un científico social?. La respuesta no es tampoco en absoluto unánime. Y a pesar del largo camino recorrido desde el positivismo decimonónico hasta ahora, lo significativo no es que, para muchas opiniones, el conocimiento de la Historia no pueda superar el ámbito del "conocimiento de sentido común", sino que, para un alto número de sus cultivadores, esa es la situación adecuada, posible y deseable... Acerca de la Historiografía como ciencia social, los propios historiadores no tienen opiniones formadas, y aunque sobre ello habría mucho que discutir, lo menos que cabe establecer es que nos encontramos ante una disyuntiva: o la Historiografía es una mera actividad literaria, un humanismo erudito y descriptivista, o bien hay que considerarla como una ciencia social más. Sin embargo, ¿es esta disyuntiva entre *conocimiento común* y *conocimiento científico* la única posible?; ¿no existen situaciones intermedias entre estos dos *status* del conocimiento de lo histórico?. Una respuesta, en cualquier sentido, no podría ignorar que, si entre las ciencias sociales existen evidentes diferencias actuales de desarrollo y *status* científico, la Historiografía, en su situación presente, en cuanto práctica científico-social disciplinar, confirmaría tales patentes desniveles, en el sentido de que se trata de la práctica de la investigación social que más adolece hoy de la falta de un grado suficiente de madurez metodológica y formal.

En último extremo, cabe preguntarse, ¿es importante el planteamiento de este orden de proposiciones y disquisiciones, para el porvenir de la Historiografía, para su práctica y operatividad como disciplina reconocida y autónoma?. Confieso que no soy de los menos curiosos por conocer una respuesta, estadísticamente relevante, de lo que los propios historiadores - y aún otros científicos sociales cercanos- opinan exactamente sobre el caso. Es cierto que la opinión dentro del campo de la Historiografía, está hoy, desde luego, muy dividida también sobre estas cuestiones. Los escepticismos sobre la necesidad de "teorías" -y más de

---

<sup>27</sup> La "historicidad" del Universo es hoy una posición general de la ciencia ampliamente extendida, que tiene una relación notable con la consideración global de los fenómenos a escala humana también. La cuestión de la "flecha del tiempo", de la que hablara Eddington, está en la línea de la consideración central de irreversibilidad de los procesos en la naturaleza. No podemos discutir aquí las implicaciones de esta cuestión para la "historicidad" de las ciencias sociales. Cfr. las obras citadas en nota 1.

teorías de este tipo- y de "metodologías", son amplias y cuentan con una sólida tradición. Por el contrario, es asimismo innegable que el desarrollo de ciertos sectores de la investigación historiográfica, las prácticas interdisciplinarias y otras influencias, han propiciado también mayores preocupaciones de fundamentación disciplinar.

Las cuestiones esbozadas hasta este momento, esperamos que sirvan para explicar de entrada por qué las argumentaciones más sustanciales, que pueden y deben desarrollarse, sobre el porvenir de la práctica historiográfica, han de serlo siempre en el marco genérico de referencia de las ciencias sociales. Puede estarse seguro de que ello no obedece, en forma alguna, al deseo de buscar algún género de "ennoblecimiento" de la actividad de historiar, ni simplemente de emular, con algo de retórica, tradiciones más o menos usuales en el seno de metodologías, como la marxista o la de la escuela francesa de Annales. Se trata, más bien, de una opción teórica y metodológica para la que no creemos que haya alternativa.

Puestos a adelantar posibles vías de discusión ulterior, acerca de la "naturaleza" cognoscitiva, del "status" o estatuto -como se dice también a veces- de la práctica historiográfica, no parece impertinente el regreso, en alguna forma, a lo que expresaron ya los fundadores de Annales: es conveniente, plausible y, en todo caso, de elemental cautela, que no hablemos, por ahora, de una actividad "científica" del historiar. Pero, como dijera Febvre, está claro que del historiar puede hacerse una "práctica" científica. Es decir, nada se opone a que el trabajo del historiador adquiera el rigor metodológico de los procedimientos de la ciencia. Pero de ello habrá que hacer una propuesta lejos de cualquier atisbo de retórica, de verbalismo. La práctica científica en la investigación de la Historia, no es ni más ni menos posible que en cualquier otra de las ciencias sociales. La actividad científica, poca o mucha, de la Historiografía, en todo caso, no tiene más patria ni referencia que el acervo común de las ciencias sociales, nacidas en la transformación social, operada por el proceso revolucionario del mundo occidental de fines del siglo XVIII y por la aparición del pensamiento científico contemporáneo.

Lo que ocurre, ciertamente, en el campo específico de la Historiografía, es que el discurso historiográfico, arrastra una herencia muy anterior y mucho más pesada que las restantes ciencias sociales, pues no deriva de la vieja filosofía social, como las demás, sino de las necesidades de los antiguos

poderes de ordenar en su favor y provecho la "memoria histórica"; es decir, deriva del viejo arte de la crónica, más que de la sesuda Filosofía de la Historia, con el sentido en que esa derivación fue observada por pensadores como Voltaire o Marx -este último al hablar de la "historia cortesana"- . Los problemas teóricos de la Historiografía, lejos de obedecer a una supuesta "juventud" de la disciplina, obedecen más bien a la naturaleza de la tradición social e intelectual, vieja de siglos, con la que entronca la tarea de escribir la crónica, mejor que la Historia. La Historiografía, en realidad, no nació en la cuna común de las ciencias sociales en el siglo XIX, nació en la tradición de la crónica, y la nueva Historia "con documentos" del siglo XIX, no cambió de hecho la mentalidad del historiador como cronista de sucesos. La Historiografía tiene una tradición distinta, que impide considerarla como hermana de las modernas ciencias sociales. Es sólo una hermana adoptiva, tardíamente adoptada, de tales ciencias.

#### 4. EL OBJETIVO DE LA HISTORIOGRAFIA. EL "TRATADO DE HISTORIA" Y LA "HISTORIA DE..."

"Siempre he soñado con un 'tratado de Historia'", dice Pierre Vilar, en el primer renglón de un conocido texto sobre cuestiones de vocabulario y método<sup>28</sup>. Y añade que encuentra irritante que pueda hablarse de tratados de "sociología", "politología" o "antropología", pero no de "historia". La argumentación subsiguiente de Vilar en la misma obra, sobre cuestiones relacionadas con esta temática, no es menos sugerente.

Pues bien, por lo que concierne a mi propia experiencia puedo asegurar que no es sólo Pierre Vilar quien ha tenido esos sueños. El problema estriba en cómo materializarlos. El asunto que se encuentra, desde luego, en el centro mismo de este sueño de Vilar y de otros, es fácil de formular: ¿por qué no se escriben *Tratados de Historia*? Para responder a ello es preciso prestar atención primero a algunas dimensiones y circunstancias que se refieren a la materia misma con la que operan las ciencias sociales. Sólo después podrá hablarse del contenido específico de un tratado como ese.

Observemos que Economía, Sociología, Psicología o Antropología, o sea, un amplio espectro de disciplinas sociales, tratan de realidades cuyo grado de generalidad

<sup>28</sup> P. VILAR: Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Barcelona, Crítica, 1980, 7.

viene ya expresado en el hecho de que **no tienen adjetivo**, o de que no necesitan tenerlo. Tratan de realidades cuyas determinaciones de **lugar y tiempo** no son estrictas, tienen un cierto grado, más o menos amplio, de indefinición. Operan, en sus registros centrales, a un discreto nivel de abstracción. No son, en ese caso, "Economía de..." o "Sociología de...", sino que tratan de "universales" que no están sujetos a limitación, si bien todo esto debe ser dicho en un tono prudentemente relativo, por comparación con las ciencias de la Naturaleza. En todo caso, la Economía, Sociología o Política, en cuanto explicaciones de "lo sociológico" -o del "hecho social"-, lo económico o lo político, están tratando con eso que denominamos "universales", entidades omnipresentes y fenómenos ubicuos y en algún sentido atemporales. O, cuando menos, tal es su punto de partida.

El estudio de la Historia ha tenido desde siempre otro sentido. La Historia no estudia, según parece y se ha repetido muchas veces, un "universal", sino singulares, acontecimientos coordinados por, situados en, un espacio y un tiempo. La Historia ha sido siempre, en consecuencia, Historia de... **alguna cosa**, situada en un **cuándo**. ¿Qué quiere decir esto? Que el tratamiento de la Historia equivale a la descripción de procesos particulares, que ocurren en momentos y espacios que necesitan determinación dentro de la misma "Historia" y que, en consecuencia, hay que designar, que situar estrictamente en sus coordenadas, porque, se supone, no puede definirse "lo histórico" como fenómeno equiparable a "lo sociológico" o "lo político". O porque, y esta es una cuestión que requiere una llamada de atención muy precisa, el **hecho histórico** no tiene la misma categoría, lógica u ontológica, que el **hecho económico** o el **hecho político**. Este es un punto esencial del problema.

Ya el viejo Charles Seignobos estableció como dogma que no existen hechos históricos por su **naturaleza**, sino por su **posición**<sup>29</sup>. El concienzudo positivista que era Seignobos aseveraba certeramente, en consecuencia, que la Historia (Historiografía) no podía ser una ciencia. Pero luego, a lo largo de la misma obra, olvida enteramente y contradice con reiteración este aserto suyo. Conviene remarcar ya, por tanto, la transcendencia epistemológica de una afirmación como la de Seignobos. Con la expresión "hecho histórico" no se

---

<sup>29</sup> Ch. SEIGNOBOS: El método histórico aplicado a las ciencias sociales, Madrid, Daniel Jorro, 1923, p.7. La edición original francesa fue de 1901. En todo caso, la obra clásica en la que Seignobos expone sus tesis es la de C.V. LANGLOIS y C. SEIGNOBOS: Introducción a los estudios históricos, Madrid, Daniel Jorro, 1913. (Traducida de la 4ª edición francesa. La primera francesa es de 1894).

designaría, pues, una categoría de hechos, una realidad regular y recurrente, cosa que sí hacemos con la conceptualización "hecho económico" o "político", sino que aludiríamos a una cierta **dimensión**, la de su posición en el tiempo, que poseen otros tipos de hechos. Resonancias de la posición de Seignobos pueden verse en otros metodólogos más recientes: en Piaget o Lévi-Strauss, entre otros.

Si la cuestión central que diferencia el estudio de la Historia de otras realidades propias de la sociedad humana es la naturaleza misma del "hecho histórico", ¿qué consecuencias se derivan de ello, en principio, para la caracterización de la naturaleza esencial de lo histórico?. En función de lo que aquí nos ocupa, cabe decir que, si se acepta tal noción de "hecho histórico", se priva a éste de toda especificidad o se le equipara en definitiva con "acontecimiento" o "evento". Ahora bien, sobre hechos de naturaleza inespecífica, sobre acontecimientos o eventos que no pueden ser agrupados más que en una categoría, que es la de su posición temporal, es evidente que *no puede escribirse un Tratado*. Un *Tratado* trata, por definición, de una categoría de cosas, de hechos específicos, irreductibles. Ahora bien, pese a que otra cosa pueda parecer y pese a los miles de páginas escritas sobre la naturaleza de lo histórico, hoy es todavía general su identificación, no ya tanto con lo *evenemencial*, lo eventual, pero sí, desde luego, con la secuencia simple de los cambios. Sobre la secuencia temporal de los cambios, sobre el paso de hechos de naturaleza muy distinta no puede escribirse tampoco un *Tratado*.

Ese "Tratado de Historia" con el que ha soñado Pierre Vilar y otros, no podrá tener ningún sentido mientras se esté hablando de la Historia como la descripción de procesos particulares, en coordenadas temporales particulares. La cuestión es, indudablemente que, mientras no haya nuevos conceptos sobre la naturaleza de lo histórico y la función de la Historiografía, no cabe hablar de Tratados. Y eso lo sabe perfectamente Pierre Vilar. La posibilidad de tal Tratado se concibe sólo a partir de la existencia en la Historiografía de algún tipo de conceptos universales, desde los cuales puedan ser explicados los fenómenos particulares. Ese bagaje de conceptos y ese conjunto de fenómenos definidos, es lo que constituye el armazón de cualquier ciencia: y, si se apura, de cualquier "arte" u "oficio". Sólo pueden tratarse en Tratados las ciencias y los oficios.

¿Hay en la Historiografía cultivada en el presente

alguna posibilidad de un compendio de ese tipo, donde se recojan ciencia y oficio?. Me temo que una pregunta tal puede parecer hasta abstrusa. En el mejor de los casos, parece claro que, sólo de manera limitada, existen en ciertos paradigmas de lo histórico algunos instrumentos conceptuales que, si no llegan a constituir verdaderos universales, son construcciones de intención heurística. Si en el bagaje historiográfico que hoy manejamos, apenas existen verdaderos conceptos o proposiciones teóricas propias, sí existen al menos proposiciones operacionales, que, como tales, podrían fundamentar en principio la categorización de procesos históricos como verdaderos universales. Ejemplos de tales categorizaciones universales de procesos históricos, o de fundamentaciones para su análisis, nos los ofrecen ideas como las de la "larga duración", la Historia Total, la concepción sistémica de las sociedades, la dialéctica de los modos de producción, etc. Elaboraciones todas ellas que podrían tenerse por constructos de intención teórica, o pre-teórica, desde los que emprender una búsqueda del "universal histórico".

Un *Tratado de Historia*, por tanto, sólo sería una proposición con sentido, si se hace desde una idea de lo que es lo histórico, y desde una fundamentación de la Historiografía de carácter bien distinto a las que, por el momento, manejamos. Todavía estamos muy lejos de poder elaborar un Tratado con el carácter de aquellos otros que recogen los fundamentos de otras ciencias. ¿Imagina alguien un Tratado de ciencia historiográfica?. ¿Qué sería una empresa de tal tipo?. Y, no obstante, pese a la peregrina apariencia de tal proposición, apoyada nada menos que en la autoridad de un historiógrafo como Pierre Vilar, el camino posible de una transformación real del estudio de la Historia, tendría que pasar por la realización de empresas como esa. Un Tratado ha de ser, por tanto, un corpus general de concepciones, con un cierto nivel de generalidad, elaborado para explicar una realidad bien delimitada. Y eso supone la existencia de esos universales de que hablamos. La existencia de un tratado presupondría la de, cuando menos, una práctica científica sujeta a ciertos cánones. Sería aquí difícil detenerse, aunque sólo fuera en la descripción de los presupuestos desde los que podría aspirarse a la consecución y aceptación de tales cánones. Cabe ahora, por tanto, únicamente la posibilidad de enfocar algunas cuestiones relacionadas con ello, pero más limitadas.

En efecto, un "Tratado", en primer lugar, como corpus

general de las proposiciones, explicaciones y teorías que conforman una disciplina, de la delimitación correcta de su campo y su método, sería algo de elaboración difícil, en el estado actual de la Historiografía convencional, pero no es, en modo alguno, impensable. La práctica real de la investigación histórica está, en muy amplia medida, desvinculada completamente del tipo de empresa que representa un "Tratado". Pero la idea de Pierre Vilar no es, en manera alguna, una entelequia. ¿Sería muy distinto de un Tratado de Sociología, por ejemplo?. En todo caso, la elaboración de este tipo de "Tratado de Historia", no sólo es plausible, sino que es obligada, si se quiere fundamentar una doctrina mínima, por limitada que sea, pero real y operativa, de la Historiografía como práctica disciplinar. El tipo de exposición conceptual que representa un Tratado, tiene que convivir y, más aún, tiene que presidir la investigación empírica particular, y orientar el progreso de los conocimientos en un determinado campo. La Historiografía carece de esa tradición de sistematización de sus conceptos y de elaboración de tratados teóricos y metodológicos, como resultado de la práctica de los investigadores mismos. ¿Podría considerarse un modelo para ese tipo de Tratado alguno cualquiera de los no escasos libros existentes sobre "métodos" de la Historia?. La respuesta ha de ser claramente negativa.

En la idea de la elaboración necesaria de esos Tratados, antes de que pueda hablarse de una práctica normalizada, hay desde luego implicadas dos cuestiones distintas. Si se alude a una elaboración sistemática de las conceptualizaciones que definen "lo histórico", de la entidad de la realidad histórico-social, del carácter entitativo de los procesos históricos, todo ello equivaldría a una **teoría de la Historia**, que -conviene no dejar el menor resquicio de duda- ha de materializarse como empresa enteramente distinta de la tradicional Filosofía de la Historia, lo que no significa el rechazo de las filosofías de la Historia. En este sentido, el Tratado equivaldría a algo análogo, en relación con la "Historia", a lo que significa la "teoría social" o la "teoría política", en la relación con la Sociedad o la Política. Si, de manera distinta, por Tratado ha de entenderse la sistematización de los instrumentos cognoscitivos, el análisis de la naturaleza de las operaciones de investigación, del proceso de construcción del discurso histórico o, mejor, historiográfico, entonces la operación resultaría análoga a lo que se entiende por "teoría sociológica" o "antropológica", por ejemplo, y estaría en el campo de la teoría del

conocimiento o propiamente epistemología, puesto que hablamos de conocimientos de tipo científico. Estaríamos, pues, en el terreno de la **Teoría Historiográfica**. Yo entiendo, sin ninguna duda, que ese Tratado de Historia, en el sentido en que lo soñaba Pierre Vilar, tendría que contener **ambas cosas**.

En definitiva hay, a nuestro juicio, una manera propia y específica de entender el sentido de un "Tratado de Historia", sin necesidad, por otra parte, de dar a nuestro empeño un nombre como ése. Lo que la Historiografía necesita con urgencia son nuevas elaboraciones, con carácter enteramente sistemático, eso sí, de corpus generales de lo que es su actividad disciplinar. Y, de manera esencial, como disciplina inserta en el campo de las ciencias sociales. En un corpus o tratado así se configuraría, pues, el desenvolvimiento sistemático de lo que es, tanto la entidad irreductible de "lo histórico", como el carácter del conocimiento de la Historia, de los problemas centrales de la investigación de la Historia, del cambio o la duración, de las tipologías generales de los procesos sociohistóricos fundamentales -tanto el proceso de variación, como el de "permanencia o estabilidad"<sup>30</sup>-, de los sectores o instancias en los que es analizable la fenomenología histórica, de las cuestiones de la terminología y la conceptualización, etc. Es decir, de contenidos homólogos a los que tienen los Tratados de Sociología, Ciencia Política o Antropología, que tratan las cuestiones generales de esas ciencias, sin entrar en cosas como Sociología de la moda, Antropología de los tuaregs o el Estado hebreo.

Porque una cosa es el corpus doctrinal de una disciplina, y otra las investigaciones particulares, más o menos monográficas, que emprende. La Historiografía carece de tradición en el asentamiento de la primera de tales realidades. Y es que ese peculiar tipo de científico social que es el historiador, que arrastra la pesada herencia de miles de años de "crónicas" y narraciones, no invierte normalmente su tiempo en la reflexión teórica y conceptual, o metodológica, sino en la investigación empírica, mejor o peor pergeñada, pero en la que él cree habitualmente que no juega papel alguno la **teoría**. Tal comportamiento es, sin embargo, altamente inhabitual en la práctica científica convencional, donde la naturaleza del método es inseparable del carácter de los descubrimientos. Pero puede presentarse en ciertos tipos de científicos sociales, hasta llegar, en el historiador -en casos, por desgracia, nada infrecuentes- a divorcios

---

<sup>30</sup> No creo que sea contradictorio hablar de "proceso de permanencia" desde una idea de lo que es *cambio y tiempo*, como la que manejamos aquí.

absolutos entre escritura de la Historia y reflexión metodológica. Y en ello parece tener su origen, al tiempo, otra realidad básica: la de que el contenido de la investigación histórica, no solamente no hace nunca explícitos los presupuestos que en alguna forma desborden y en los que se basa lo descriptivo, sino que no llega nunca a conclusiones generales, manteniendo la práctica historiográfica y su producto final siempre al nivel de las descripciones del tipo "**Historia de...**".

Sin embargo, la construcción común del historiador en forma de **Historia de...**, no es tampoco enteramente incompatible con la presentación de alguna forma de "doctrina". En este caso, la idea de un Tratado de Historia debe relacionarse, no con la pretensión de formular un verdadero entramado de proposiciones universales sobre "lo histórico", en el sentido que señalamos más arriba, sino con el intento, más limitado pero no de menores consecuencias, de revisar el contenido de las operaciones que constituyen la **explicación histórica**. Y ello supone que la construcción del discurso histórico empírico, el discurso sobre una "historia" particular, no podría limitarse, no ya sólo a la narración descriptiva de eventos, sino ni siquiera a la sola explicitación, aunque fuere muy elaborada, de esa "historia particular". Tendría que contener, al menos como punto de partida, cierto tipo de generalidades, de presupuestos explicativos. Así proceden las demás ciencias sociales.

De hecho, sin embargo, ni la Historiografía más tosca y metodológicamente más ingenuista, procede hoy a la mera descripción de eventos. En la narración histórica siempre hay algún intento de *explicación*, aunque no siempre se pretenda una normalización sistemática de la explicación. Pero es preciso que el discurso histórico haga un mayor consumo de universales explicativos, y que los haga explícitos. Y es en ese preciso sentido en el que puede, por ahora, hablarse también de la elevación del escrito historiográfico a las pretensiones de un Tratado, aunque éste sea de **Historia de...**

Todo esto equivale a plantear, y así lo asumimos, que es precisa una **forma nueva de escribir la Historia**. Y puede haber una primera regla indicativa para ello: los procesos históricos particulares, no alcanzarán a estar explicados de forma suficiente, no ya mientras no se expliquen mediante **leyes**, sino mientras no se expliquen, al menos, por referencia en algún grado a una **categorización adecuada de lo histórico**. La idea procedente de la filosofía analítica, de que la Historia (Historiografía) no produce leyes, pero las consume, es

apenas algo más que una trivialidad. Pero es cierto que no existe explicación posible de lo histórico, sin algún grado de categorización del campo que se estudia. Y la Historiografía actual no ha alcanzado aún categorización suficiente de ese tipo.

Podrá hablarse de un Tratado de Historia, en la medida en que pueda pensarse en una teoría general del "conocimiento de la Historia", de la misma forma en que puede pensarse en tal tipo de teoría, aplicada a lo social, lo político o lo económico. Con ese presupuesto, una "Historia de..." puede alcanzar un nivel explicativo que le asemeje a las formas generalizantes de explicación de los fenómenos recurrentes. Podríamos concebir este tipo de tratamientos siempre que el historiador no se limitara a presentar el discurso histórico desnudo, como producto final de una búsqueda, llevando tal discurso muy poco más allá de la crónica, sino que explicara los caminos por los que ha discurrido la propia exploración. Es decir, si trabajara como lo hace la investigación científica común: haciendo explícitas sus hipótesis, sus fuentes y el carácter de ellas, el tratamiento de sus datos, las hipótesis contrarias y la contrastación de sus propias conclusiones. Es decir, si expusiera con normalidad cómo ha llegado a sus conclusiones.

Un Tratado de Historia tendría también que partir de otra concepción de lo que debe concebirse como Historiografía. Un tratado histórico habría de cumplir la función que ciertos filósofos atribuyeron a la Filosofía de la Historia, al pretender que filosofar sobre ella era la verdadera manera de explicar la Historia, cosa que los historiadores de oficio no hacían o hacían insatisfactoriamente. Tal es el sentido que Hegel concedía a su Filosofía de la Historia Universal, de la misma forma que Ortega y Gasset hacía arrancar su "Historiología" de esa ineficacia explicativa de los historiadores. Hoy está fuera de toda duda que la filosofía de la Historia es una cosa, y la explicación de la Historia otra. Explicar la Historia, no contarla, es la función medular de la Historiografía, pero sigue permaneciendo oscuro el grado en que su práctica real satisface aún hoy ese objetivo.

Un Tratado de Historia, en fin, contendría centralmente, además, la caracterización precisa de las grandes líneas de lo que consideramos épocas históricas aceptadas. De forma que un Tratado de Historia tiene que serlo también sobre el tiempo histórico. De alguna forma hay que introducir, en los ciclos de desarrollo de las sociedades, una racionalidad, una inteligibilidad, que se desprenda de algo más que de una

“cronología”. Sociedades, coyunturas o procesos concretos, han de ser explicados -y no pueden serlo de otra forma- a la luz de una concepción muy precisa de lo que es el cambio histórico. Lo que nos llevaría, por un camino nuevo, ciertamente, a toparnos otra vez con el viejo aforismo de Lord Acton: “no estudiéis periodos, estudiad problemas”. El periodo es el primer problema.

Todo lo dicho anteriormente, nos lleva de la mano a la proposición final: la única forma de refundar una Historiografía que nos pareciese hoy presentable, es la que pasa por la reconceptualización de sus formas de escritura: explicar la Historia es urdir la reconstrucción de una realidad social -lo que no nos ahorra el problema, sin duda, de ponernos de acuerdo sobre lo que deba entenderse por reconstrucción suficiente- y **explicarla**. Podríamos hablar de una Historiografía con un estadio cualitativo distinto, el día en que en los medios académicos establecidos, fuera concebible esta idea de escribir Tratados de Historia. Cuando se entendiera que el discurso historiográfico ha de comprender la empiria y la doctrina, la descripción y la explicación, el conocimiento, y la explicitación de los métodos seguidos para adquirirlo. Cuando se comprendiera que esto de hablar de un Tratado, es una forma de pedir que se vaya más allá de la narración, que el historiador sea capaz de producir conjuntos de conocimientos articulados y entrelazados, de argumentaciones, y no meros relatos -sobre lo que sea-; argumentaciones organizadas en las que haya fundamentos y principios, jerarquización conceptual, descripción y generalidad, etc.

Intentar redefinir un objetivo de la Historiografía o, en términos si se quiere más fuertes, un “objeto teórico” mucho más riguroso, nos enfrenta también con algo que hemos sugerido, con el problema central, tal vez, entre los que convergen en la articulación del discurso histórico, a saber: ¿cuáles son los elementos y el contenido preciso de una reconstrucción histórica suficiente?. O, yendo un punto más allá, ¿cuándo una explicación de lo que sucede en la Historia puede decirse que es **total**?. ¿Puede hablarse de una explicación “suficiente” de la Historia y de una “total”?. Parece que esto no puede tener más que una respuesta: no hay una explicación suficiente de la historia que no sea total. La idea de una “historia total” es bastante compleja y ha estado siempre sujeta a numerosos equívocos, pero importa tener en cuenta ahora que la idea del Tratado de Historia, se relaciona necesariamente con alguna de las denotaciones contenidas en el concepto de Historia total.

Cualquier discurso histórico "general", que pretenda dar cuenta del comportamiento de la "totalidad" de los fenómenos sociales en el tiempo, necesita establecer cuál es el eje de la descripción de la sociedad en el tiempo, y cómo se articulan en la "historificación" los diversos fenómenos y niveles de actividad social que se dan en las sociedades globales. Se trata de un problema que la teoría historiográfica no ha resuelto, y que sólo parece poder resolverse desde una concepción **sistémica** de la sociedad y del cambio social<sup>31</sup>.

Pero sobre esto hay una precisión adicional que hacer: el que el horizonte de la reconstrucción histórica sea siempre el de la historia total, no tiene como correlato metodológico el que todos los fenómenos presentes en una situación hayan de ser descritos. La historia total es algo bien distinto de la suma de las historias parciales<sup>32</sup>. Ese horizonte implica una cuestión bien distinta: la de encontrar explicaciones con el suficiente grado de generalidad, para que permitan hablar de explicación con el significado que ello tiene en la ciencia. La idea de la historia total es, desde luego, una concepción epistemológica clara, de la que, sin embargo, no se ha deducido hasta ahora una metodología operativa. El camino de la Historiografía hacia la consecución de un grado serio de rigor teórico, pasa, sin duda, por una perfecta conceptualización de la historia total.

La Historiografía convencional no construye historias totales. La investigación histórica pasa necesariamente por las "Historia de...", por la historia de procesos particulares que, en todo caso, no tienen que excluir en sí mismos los tratamientos totalizadores. Las "Historias de..." pueden adoptar diversas formas, o tener variados objetivos. Pueden ser un estudio de ámbito **territorial** y, por tanto, con pretensiones de alguna globalidad sistemática<sup>33</sup>, o pueden ser una **Historia sectorial**<sup>34</sup>. Estas historias que tienen un ámbito temático preciso, pueden converger también en definiciones de campos cada vez más

---

<sup>31</sup> En el sentido preciso en que se expone esa concepción de manera breve y clara por M. BUNGE: *El enfoque sistémico en las ciencias sociales*, incluido en *Mente y Sociedad*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, Pp. 130 y ss.

<sup>32</sup> Véanse unas primeras precisiones sencillas sobre esto en J. AROSTEGUI: *Historia General e Historia Económica. Propuestas Interdisciplinares*. En J.L. GARCÍA DELGADO (Ed.): *La Segunda República Española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, IV Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea de España, Madrid, Siglo XXI, 1988. Pp. 266 y ss.

<sup>33</sup> Pongamos una **Historia de Rusia** o una **Historia de Galicia**, y aún una historia territorial de ese tipo, que comporte a su vez una determinación cronológica: **Historia medieval de España**, **Historia de la Cataluña moderna**.

<sup>34</sup> Las sectorializaciones temáticas más conocidas son la económica, social, etc, o bien puede tratarse de historias particulares del tipo de las de la Medicina, Educación, Ciencia, etc...

restringidos -Historia Social de Rusia en la Edad Media, por ejemplo-. Volviendo a nuestro tema central, un Tratado, con el contenido de una historia territorial, parece empeño difícil de concebir en sus términos corrientes. Una Historia sectorial tendría otra perspectiva. Sin duda, es más fácil concebir un Tratado de Historia social o de Historia Económica, por el hecho de que en ella se contendrían **universales** como la Sociedad o la Economía. Una Historia donde convergieran lo territorial y lo sectorial, podría concebirse como Tratado, en la medida en que combinara una exposición, en forma de discurso histórico, con una descripción del procedimiento por el que aquélla se ha construido.

En cualquier caso, la conclusión que importaría extraer ahora, de forma preliminar, habría de reincluir en cuestiones, que vienen planteándose desde hace tiempo, para la renovación de la Historiografía. Un historiador de talante realmente científico, tendría que aprender a superar definitivamente aquella situación que los metodólogos han denunciado muchas veces en los escritos historiográficos: la de no hacer explícitos nunca, o casi nunca, sus presupuestos cognoscitivos. De esa forma podría decirse que el historiador está en condiciones de escribir verdaderos **Tratados de Historia**, que está en condiciones de crear una disciplina historiográfica epistemológicamente estructurada.

El sistema social tiene unas dificultades específicas de explicación, en relación con lo que ocurre en los sistemas de la naturaleza no humana. El historiador tiene que pensar en estructurar canónicamente su disciplina, en hacer una práctica científica real, en exponer el camino por el que ejercita tal práctica científica, y en regular el ejercicio de su oficio; entonces escribirá Tratados de Historia y estará en la senda para encontrar una unidad, sin excluir la diversidad, de la práctica de la Historiografía.

## **5. EL HISTORIADOR Y SU FORMACION CIENTIFICA.**

Entre los años treinta y ochenta de este siglo, la Historiografía ha realizado espectaculares y decisivos avances en su perfeccionamiento como disciplina. Hablamos de progresos que aportaron sus más relevantes contribuciones entre 1945 y 1970, a través del surgimiento y el desarrollo de algunas ideas, de orientaciones particulares de la investigación y de realizaciones personales de algunos investigadores, de brillantez insuperada. Se produjo en estos años el florecimiento múltiple de la herencia de la escuela de

los *Annales*, el desarrollo de activas e innovadoras corrientes del marxismo metodológico llamado "occidental",<sup>35</sup> o la renovación fundamental introducida por la historia cliométrica, en el terreno de los métodos cuantitativistas y cuantificadores, mucho más importante de lo que han dicho bastantes críticos póstumos, que jamás han sabido lo que es el cuantitativismo ni la cuantificación. Junto a todo ello, otra de las dimensiones determinantes de ese progreso fue el acercamiento a otras disciplinas.

Ahora bien, a pesar de tales considerables progresos, sobre cuya base se apoya, hasta el momento, una buena parte de la actividad directa de producción y de investigación académica, es cierto que la Historiografía no ha culminado aún el proceso de su conversión en una disciplina de estudio de lo social, con plenitud autorreflexiva. No ha acabado de completar la creación, o la adopción, cuando menos, de un mínimo *corpus* de prácticas o de certezas "canónicas", o, como paso previo a ello, no ha culminado la adopción, por encima de escuelas, posiciones, ideologías y prácticas concretas, de un acuerdo, mínimo también, sobre el tipo de actividades teórico-prácticas, que conformarían la base imprescindible de lo que habría de ser llamado "Historiografía" de forma normalizada, todo lo cual constituiría, a su vez, un campo de discusión y contraste aceptado. Pero en modo alguno todo ello debe ser confundido con una proposición, por nuestra parte, de marcha hacia el monolitismo doctrinal o metodológico.

No se trata, en efecto, de propugnar para la Historiografía algo sobre cuya inviabilidad se ha pronunciado más de un teórico, como ha ocurrido en disciplinas como la Sociología, es decir, no cabe hablar de que sea posible la hegemonización del conocimiento social por un único **paradigma**, como modelo de la ciencia que se pretende fundamentar y que pudiera semejarse, en alguna manera, a la idea de una Física newtoniana o cuántica o einsteiniana, como delimitación canónica de los fundamentos de la disciplina en cuestión. Es más que dudoso que en las ciencias de la sociedad pueda adoptarse un paradigma exclusivo, en los términos en que ha discutido el asunto para la Sociología

---

<sup>35</sup> No cabe duda de que ese apelativo parece pertinente mantenerlo, habido cuenta de que la aportación a las ciencias sociales del marxismo de la Unión Soviética en esos años, fue absolutamente irrelevante, aunque no pueda decirse enteramente lo mismo de ciertos países de aquel bloque como es el caso de la antigua Alemania del Este. Una buena guía de las aportaciones soviéticas, puede encontrarse en la edición castellana de la revista soviética: *Ciencias Sociales*, Moscú, Editorial Progreso.

Robert K. Merton<sup>36</sup>. Otra cuestión es el grado en que sea deseable en una disciplina el acotamiento, al menos, del terreno sobre el que han de sustentarse los fundamentos de las proposiciones teóricas.

Existen, evidentemente, muchas líneas imaginables de progreso posible de la Historiografía, pero, hoy por hoy, lo que tiende a producirse, después de unos años de transformación indudable de las prácticas y las doctrinas del historiar, son más bien experiencias directas en la investigación de temáticas concretas, que hallazgos de suficiente generalidad como para que representen vías plausibles para ulterior avance. Una cierta detención de las innovaciones, un cierto escolasticismo temático y formalista, volcado hacia la historia de trivialidades, un neonarrativismo aún con cierta implicación etnológica, el interminable epigonismo de la historiografía francesa de los Annales, es lo que parece ofrecer el panorama. En modo alguno faltan manifestaciones inequívocas de snobismo y son palpables, por lo demás, las tendencias que apuntan hacia una disgregación de los elementos tenidos hasta ahora por básicos en la conformación disciplinar de la Historiografía, y hacia una invasión de su campo por prácticas científico-sociales que en estos momentos muestran mucha mayor vitalidad<sup>37</sup>.

A pesar y al margen de la existencia de una notable masa de escritos, de doctrina, sobre la actividad y el oficio de historiar, de una literatura no escasa sobre la "teoría de la Historia", sobre la "nueva Historia", mucha de la historiografía habitual que se escribe y se enseña hoy, sigue estando casi enteramente al margen de los más importantes hallazgos y progresos en ramas diversas de la metodología de las ciencias y de los más importantes hallazgos y progresos en ramas diversas de la metodología de las ciencias y de las técnicas de conocimiento social que más cerca se hallan, y que más influencia han de tener en la tarea de historiar. La Historiografía parece estar hoy mucho más cerca de las

---

<sup>36</sup> Cfr. R.K. MERTON: La ambivalencia sociológica y otros ensayos, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, especialmente el párrafo *La crisis, crónica de la Sociología*, pp. 134 y ss.

<sup>37</sup> Lo que decimos puede apoyarse en diversos tipos de evidencias. Un buen ejemplo de realidad de este panorama de relativo estancamiento, de un cierto agotamiento del avance por los caminos abiertos hace veinte años, puede ser el mostrado en el XVII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Madrid, en agosto-septiembre de 1990: temáticas repetidas -salvo alguna excepción muy localizada-, ausencia de verdaderos planteamientos renovadores, verbalismo. De lo que tiene de snobismo no poca parte de lo presentado hoy como post-modernismo puede encontrarse un buen catálogo en el artículo de A. MORALES: "Historia y Postmodernidad", en Ayer (Madrid), 6, 1992, pp. 15 y ss. Sobre la invasión de la Historiografía véase la nota publicada por el últimamente muy activo Lawrence STONE, con el título "History and Post-Modernism", en Past and present (London), 131, may, 1991, y el artículo allí citado de M. SPEIGEL. La coincidencia de título entre el texto de STONE y el de MORALES es independiente del muy diverso criterio que uno y otro manejan.

modas literarias y de las temáticas impuestas desde fuera. Así, parece revelarse hoy que el hecho de que cualquier realidad es **fuentes** para la Historia, puede esconder una trampa difícilmente sorteable. Para ir al fondo de la cuestión, podría decirse que la Historiografía de hoy carece aún de un cuerpo de ideas establecidas sobre el propio contenido de su práctica, en lo teórico y en lo metodológico. La Historiografía carece todavía de suficiente número de nociones teórico-metodológicas establecidas, que no pueden producirse sino en una reflexión disciplinar continua.

Digo "todavía", porque en modo alguno estamos hablando de un problema nuevo, como no estamos hablando de un problema superado. Se trata de una cuestión detectada desde los primeros esfuerzos hechos en nuestro siglo por construir una disciplina historiográfica más allá de la erudición descriptivista. En 1911, decía H. Berr, hablando ya entonces de "la crisis de la Historia" como reflejo del "estado inorgánico de los estudios históricos", que esa crisis del estudio de la Historia, "proviene de que un excesivo número de historiadores, jamás reflexionó sobre la naturaleza de su ciencia"<sup>38</sup>. A cualquiera le resultaría sorprendente que ochenta años después de haberse escrito eso, no parezca que haya razones para cambiar un ápice de tal juicio. Y es que, realmente, no las hay. Es probable que el verdadero meollo del problema de la creación de una disciplina historiográfica que tuviera, cuando menos, un corpus central de temas y tópicos teóricos que pudieran traducirse en la práctica en una formación mucho más completa de los jóvenes historiadores, estriba en que la reflexión teórico-metodológica en el campo de la Historiografía es una actividad enteramente divorciada de la propia práctica de la escritura de la Historia. El metodólogo es, entre los historiadores, un personaje sospechoso de superfluidad o, cuando menos, un espécimen atípico.

Parece urgente, en estas condiciones, señalar con fuerza que la renovación de la disciplina historiográfica es **tan imperiosa**, como la apuesta en contra de la creciente tendencia en estos momentos hacia la práctica de una Historiografía que parece más dedicación cuasi-literaria, o en contra de la tendencia hacia el alejamiento de la escritura de la Historia del campo más común de los problemas y las prácticas habituales en las ciencias sociales. Se hace mucha más Historiografía para un público extenso en busca de

---

<sup>38</sup> H. BERR: La síntesis en Historia, Primera edición en español. México, Uteha, 1961. (Traducida de la segunda edición francesa de 1952, con nuevo prólogo y apéndice de Berr), XIV.

evasión, que verdaderas obras de sólida investigación. Y, sin embargo, en forma alguna ambas prácticas son excluyentes. Lo que ocurre es que el imperio de las empresas comerciales en la difusión cultural de hoy, tiene mucho que ver en esta situación. Existe una creciente dicotomía entre los productos de una Historiografía más o menos crítica y creadora, y aquellos otros que se ofrecen como tales, fraudulentamente muchas veces, en el mercado y que los lectores medios consumen. Y estos últimos se imponen claramente sobre los primeros.

La clave para una eficaz renovación en los presupuestos y las prácticas historiográficas presentes, residiría primeramente, en nuestra opinión, en la consecución de un objetivo pragmático, pero absolutamente básico: *la revisión del bagaje formativo del que se dota hoy al historiador*. Se trata, pues, de un objetivo algo más allá del corto término, pero no parece que haya recetas mejores. La preparación universitaria del historiador, debe sufrir un profundo cambio de orientación si se quiere alcanzar un salto realmente cualitativo en el *oficio de historiar*. La Historiografía universitaria debe reemprender una reflexión crítica, desde la plataforma bien precisa de los problemas comunes de las ciencias sociales hoy. Pero en ello va también incluido, necesariamente, por difícil y tópica que parezca esta disposición, una ofensiva contra muy diversos géneros de intereses corporativos, gremiales, intra y extra-universitarios, que alejan el centro de atención de los profesionales de lo que son los verdaderos intereses del progreso disciplinar. El peligro de una trivialización creciente de la investigación de la Historia es real. Después volveremos algo más sobre ello.

No parece, en consecuencia, que sea discutible la afirmación de que todo progreso efectivo en la disciplina historiográfica, en cualquiera de sus múltiples ramas existentes hoy, pasa por un perfeccionamiento continuo de sus cultivadores, por un perfeccionamiento profundo y constante, en definitiva, de la doctrina, pero también del oficio. Es preciso decir las cosas sin ambages: la insuficiencia, la inadecuación de la formación que de hecho reciben hoy los estudiantes de Historia en las instituciones universitarias, es sencillamente clamorosa. La ineficacia de los planes, el sistema y los objetivos perseguidos es patente. Y, por desgracia, a nuestro modo de ver, el panorama que se divisa para el futuro, dista mucho de ofrecer síntomas de mejora. Estamos hablando de la "supuesta" reforma de los planes de estudio, al menos en este campo. Pero el problema, aunque de importancia

crucial, es muy complejo para abordarlo aquí, y estaría fuera de nuestro objetivo presente.

No obstante, los argumentos principales en que se fundamenta nuestra posición sobre la indigencia extrema de esta preparación universitaria, no son difíciles de enumerar. Una exposición, sin pretensiones de exhaustividad, desde luego, tendría que señalar, por lo pronto, dos aspectos claros del problema: primero, la **nula preparación teórica y científica** que recibe el aspirante a investigador historiográfico, a historiador; segundo, la **nula enseñanza de un "oficio"** que se procura en los centros universitarios. Es evidente que esta doble carencia, se inserta en un contexto que se extiende a otras muchas carencias de la Universidad actual, y que puede concretarse también, por otra parte, en lo que se refiere a la enseñanza y preparación en las ciencias sociales y en las llamadas "humanidades". Pero limitémonos en este momento a hablar por separado de cada uno de esos dos componentes formativos.

Cuando hablamos de la formación actual **teórica** que se procura en la Universidad a un historiador, nos estamos refiriendo a algo que sencillamente *no existe*. No ya no existe una preparación "teórica" prevista y reglada, pero ni siquiera hay, al menos de forma clara, una idea del campo científico-social dentro del cual debe procurarse la formación del historiador. Que la Historiografía es una disciplina del campo de las ciencias sociales, y no esa práctica inconcreta y mixtificadora, pero consoladora y plácida, de las "humanidades", es algo que en modo alguno tienen asimilado todos los profesionales. La inexcusable necesidad de la presencia de una formación metodológica, no digamos ya teórica, en el currículum del historiador, es algo que ni siquiera contempló el primer diseño que se hizo de las asignaturas troncales de los supuestamente nuevos planes de estudio que habrán de aplicarse en breve. Conviene señalar que el estudiante de Historia hoy recibe una formación que en nada se parece, en los aspectos teóricos básicos, a la que recibe el estudiante de Sociología, Antropología o Psicología, por poner ejemplos asequibles.

Pero, como es evidente, la formación teórico-científica de un historiador, tiene que diseñarse, sin duda, en el cuadro de la teorización general de las ciencias sociales. Hoy en día, esta problemática queda reducida, en el más favorable de los casos, a que en las Facultades de Historia se impartan, por lo general, algunas asignaturas "complementarias" -lo que muchas veces quiere decir "marginales"- sobre ciencias

sociales de especial relevancia para el historiador: Sociología, Economía, Antropología, Demografía o Geografía, pero sin que acaben de superar, como decimos, un cierto nivel de marginalidad. Es preciso añadir, además, que en esta situación subyace también una de las disposiciones más calamitosas y negativas que haya adoptado la política científica española de las últimas décadas: todo lo implicado en el diseño y disposiciones administrativas sobre "Áreas de conocimiento". ¡Por si no había suficiente gremialismo en la raquítica ciencia social española!<sup>39</sup>. En el currículum formativo presente, y *futuro*, del historiador en España, no hay posibilidad de introducir una formación teórico-científica seria, llevada adelante por los especialistas adecuados, si no se encuentra algún recurso de "interpenetrabilidad" entre áreas de conocimiento y diseño de Títulos a obtener. Los problemas no acaban tampoco ahí, en cualquier caso<sup>40</sup>.

Pero, en definitiva, en el fondo existen aún más cuestiones y la fundamental es la ausencia de una conciencia general, entre los profesionales de la Historiografía, acerca de la importancia crucial que encierra el establecimiento de un objetivo planificado para dotar al historiador de una formación científico-social amplia y sólida, completa, que haga de él un auténtico experto en la investigación social, antes de darle una específica formación historiográfica. La mayor parte de los alumnos de Historia llegan al final de su Licenciatura universitaria sin saber lo que son, entre otras muchas cosas, las "Ciencias Sociales".

Es evidente, desde luego, que problemas de ese mismo tipo afectan, y de manera grave, a otras profesionalizaciones del mismo campo. Las protestas de los estudiantes universitarios, en ese sentido, son bien conocidas. No se trata, pues, de un problema *sui generis*, específico de los historiadores, aunque el caso de estos nos parezca especialmente grave y su tratamiento sea el central aquí. No es ocioso advertir, sin embargo, que el asunto de la inadecuación de la formación historiográfica es un caso, tal vez extremo, de las deficiencias estructurales y operativas de la enseñanza y práctica de las ciencias sociales en

---

<sup>39</sup> Lamentamos que el lector no versado en estos problemas se vea privado de algunos elementos de juicio para calibrar el alcance de lo que decimos, pero es imposible detenernos aquí en tales elementos.

<sup>40</sup> Dejamos conscientemente sin abordar, dado que nos desbordaría aquí con mucho, el problema de la procedencia del Profesorado, en relación con el diseño de las áreas, que hubiera de impartir esas disciplinas sociales básicas en las Facultades de Historia. El problema gremial planteado con ello es de envergadura, pues habría de tratarse, sin duda, de un profesorado que tendría que conocer suficientemente tales materias específicas, pero que habría de poseer igualmente una sólida formación historiográfica. ¿Dónde y a través de qué instrumentos legales encontrarlo?

España, terreno en el que abundan mucho más los mitos beatíficos, los ídolos de periódico, que los científicos serios.

El segundo aspecto de los señalados es tan claro como el precedente, y no menos relevante que él. Nuestra situación actual es la de la ausencia prácticamente total, en la formación del historiador, de una **mínima enseñanza de un "oficio"**; oficio cuyas destrezas tendrían que atender tanto a una formación en principios y presupuestos, como en métodos; tanto a las "técnicas", como a la capacidad discursiva. La enseñanza de la Historiografía en la Universidad se reduce casi a un mero verbalismo, a una exégesis de la producción escrita existente, a una lectura de "libros de Historia", de información eventual, y no a la transmisión de tradición científica alguna. Nos encontramos en situación parecida a la señalada en el punto anterior.

Se da la circunstancia, no obstante, de que a pesar de los planes de estudio vigentes no lo preveían legalmente en principio, la fuerza de las cosas ha ido obligando a que en los *curricula* de las Licenciaturas se integren asignaturas de contenido metodológico, aun cuando mucho menos de contenido teórico interdisciplinar. Así, es verdad que suelen existir asignaturas que versan, con uno u otro nombre, sobre la "Teoría", los "Métodos" de la Historia y la "Historia de la Historiografía", a veces en el seno de notables confusiones en el lenguaje, los medios y los objetivos. Los planes futuros preven, tras no pocas dudas, que asignaturas de ese tipo sigan en uso. En realidad, los problemas de esas asignaturas son bien conocidos, y empiezan por ser especialmente agudos, como siempre, los de índole administrativa, para pasar a los de organización e intereses académicos y terminar en los científicos<sup>41</sup>. Y ya hemos aludido a las nulas esperanzas de reforma que cabe abrigar. Hay una efectiva y persistente escasez de profesorado preparado en estas materias, que no forman parte de la tradición científica establecida de la disciplina -asunto también sobre el que cabría una larga

---

<sup>41</sup> Durante mucho tiempo una materia como *Teoría y Métodos de la Historia*, por ejemplo, ha planteado problemas graves por la falta total de Profesorado para ella, por la inexistencia de su adscripción a un área de conocimiento específica, por el desinterés con que profesionales caracterizados han visto la impartición de esta materia, que ha servido a veces para rellenar dedicaciones docentes y ha sido motivo de enseñanzas que nada tienen que ver con el asunto del título. El autor de este texto tiene una amplia experiencia de esta situación descrita. Más adelante se hacen nuevas observaciones sobre ello en el texto. Nos remitimos a lo dicho anteriormente acerca de las necesidades de profesorado.

meditación<sup>42</sup>-, lo que hace que quienes se encargan muchas veces de impartir materias de este tipo, carezcan absolutamente de preparación para ello, pero que, por las condiciones de trabajo del profesorado universitario, están obligados a hacerlo sin haberlo escogido voluntariamente. "Teoría" y "Métodos", en el curriculum de la Historiografía, son muchas veces auténticas asignaturas residuales que ha de impartir el último llegado.

Asignaturas de este tipo son, por lo común hasta ahora, optativas, como hemos dicho, y el alumnado no siempre está adecuadamente motivado para cursarlas, con lo cual nos encontramos ante el mismo problema señalado anteriormente. Todo esto viene a cerrar el círculo de los males que estamos enunciando; en definitiva, la Teoría de la Historiografía y los Métodos Historiográficos, lejos de constituirse, como sería imprescindible, en materias absolutamente **estructurales** en la formación del historiador, son, por el contrario, materias marginales, meramente complementarias y, por lo general, muy mal impartidas<sup>43</sup>.

En la profesión de historiador, en consecuencia, no parece existir un oficio reconocido. Ocurre, aunque la comparación no resulte en exceso académica, como en la de tabernero. Se piensa que para historiar, y más si en lo que se está pensando realmente en escribir "crónica", todo el mundo sirve, sin más. La Historiografía, en realidad, sigue pareciéndole a las gentes un oficio, más ligado al arte de la narración que a otra cosa. Carece de contenidos "explicativos". Sin embargo, lo menos que puede decirse es que esa creencia se fundamenta en un doble error. Ni el de tabernero ni el de historiador son, en verdad, oficios fáciles.

La conclusión, en definitiva, no puede ser más clara: los historiadores salidos de nuestras Universidades carecen, por lo común, de **teoría** y de **método**. La formación recibida es puramente memorística y más que mediocre, en función sobre todo, aunque no exclusivamente, de nuestros planes de estudio presentes y futuros, a lo que parece. Y es que el oficio

---

<sup>42</sup> Nada tiene que ver con esto la existencia de un Área de *Ciencias y Técnicas Historiográficas*, un sencillo cajón de sastre, donde se agrupan enseñanzas técnicas sobre Numismática, Epigrafía, Diplomática, Paleografía y demás, de interés sólo pertinente para especializaciones muy concretas, y enteramente ajenas a la Teoría de la Historiografía y a los Métodos Historiográficos.

<sup>43</sup> Los nuevos planes de estudio establecen como asignatura troncal y, por tanto, obligatoria, la "Iniciación a los métodos de la investigación histórica", pero al no existir, como decimos, un área específica de conocimiento y, por tanto, un profesorado específico de ella, se encarga su impartición a cada uno de los Departamentos que integran hoy las Facultades de Historia y que responden a divisiones cronológicas -Historia Antigua, Medieval, Moderna, etc.-. Esto puede tener como resultado una fragmentación tribal de las enseñanzas y hará que sigan sin crearse especialistas en la materia.

de historiar no es el de "contar historias", obviamente. Ni aun cuando esas historias reflejaran de verdad, lo que es muy improbable, las cosas "como realmente sucedieron". Porque una cosa es la narración de eventos, aunque sea una narración documentada -y documentar la narración es el primer requerimiento del oficio del que hablamos-, y otra es el **análisis social desde la dimensión de la Historia**. Pues de análisis social se trata. Por tanto, la formación del historiador habrá de orientarse, en primer lugar, hacia su dotación teórica e instrumental para el análisis social, haciendo de él un científico social de formación amplia, de formación generosa en contenidos básicos genéricos, referentes al conocimiento de la sociedad. Sólo después de ello, la formación en la disciplina historiográfica tendrá un cimiento adecuado y podrá ser transmitida con todo su valor.

Como en cualquier otro ejemplo aducible en la formación de científicos sociales, es preciso distinguir, para luego poderlo aunar en una síntesis correcta, entre lo humanístico, lo científico y lo técnico. Y hay que dotar al nuevo historiador de esas tres dimensiones. En primer lugar, la formación humanística, la verdadera formación humanística y no el tópico folklórico de las "humanidades", debería consistir en el currículum del historiador, como en el de cualquier otro científico social, en un conocimiento suficiente de la cultura clásica, donde tenemos nuestras raíces. Las lenguas, aunque fuera de forma somera, la historia y el pensamiento clásicos, es decir, una formación filológica adecuada. Pero más importante aún que ello sería la formación filosófica. ¿Cómo puede accederse al lenguaje científico sin una mínima formación filosófica?. Especialmente la lógica y la teoría del conocimiento, son imprescindibles no solo para el historiador, sino para todo científico social.

Y esa formación científico-social genérica y amplia, debe atender igualmente a que el historiador, en nuestro caso, conozca de manera suficiente los campos de las principales ciencias sociales cercanas a la Historiografía, cuando menos, y, si es posible, incluso se mueva en ellas con soltura, dado que la elección de ciertas ciencias sociales, podrá depender en parte de la especialización concreta que el historiador pretenda. Pero aquello que debe presidir esta sistemática puesta a punto de la formación científica del historiador, es precisamente el aspecto más generalizante, más global, de lo que constituye la ciencia de la sociedad, es decir, la teoría aplicada del conocimiento de lo social, la teoría de la ciencia aplicada a la ciencia social.

La formación en los fundamentos lógicos y epistemológicos de la ciencia, decimos, parece imprescindible, lo cual conlleva un conocimiento cercano de los grandes paradigmas históricos de la ciencia y de la ciencia social, y de los vigentes, en cuyo contexto se desarrolla hoy la investigación. Ni qué decir tiene que a esto debe acompañar una formación eficaz en métodos de investigación social de orientación diversa, y en técnicas que irían desde la archivística, a la de encuesta de campo. En lo dicho nadie podría ver una minusvaloración del hecho de que es, naturalmente, la propia formación historiográfica específica, el objetivo último y central de cualquier reforma del sistema de formación de los jóvenes historiadores. En todo caso, una formación humanística, teórica, metodológica y técnica adecuadas, es lo que cabe reclamar desde ahora para establecer un nuevo perfil de historiador, sin perjuicio de las vertientes especializadas que la práctica, sin duda, exigirá. No nos parece difícil extraer de todo esto, como recapitulación, la idea de que es preciso hacer de la **teoría historiográfica**, el centro de la formación disciplinar y de la **metodología de la investigación histórica**, un hábito de reflexión que acompañe a toda la preparación empírica y técnica. En este sentido, podríamos ya resumir todo lo dicho en el parágrafo a dos proposiciones esenciales:

La primera es la de que, como ocurre en el aprendizaje de la mayor parte de las otras ciencias sociales, la formación "teórica" ha de ocupar un lugar central y ha de armonizarse con la "información" y con las técnicas del "oficio". Como en Economía, Sociología o Psicología, la teoría del campo de conocimiento disciplinar y la teoría del conocimiento mismo de tal campo, es decir, la "teoría de la Historia" y la "teoría de la Historiografía", en este caso, han de constituir el meollo, el núcleo, del bagaje intelectual del historiador, sobre la base, como hemos dicho, de una formación genérica científico-social. La información empírica sería, en este contexto, una masa de conocimientos ejemplificadores. No se trata de aprender las *res gestae*, sino de aprender cómo se conoce la *historia rerum gestarum*.

La segunda se refiere a la lectura que es preciso hacer de las relaciones entre el historiador y las disciplinas de su entorno. Tenemos ahí un problema real, de soluciones cambiantes, donde la doctrina debe presentarse sin complejo alguno. Porque, en efecto, es indudablemente cierto que la Historiografía ocupa un espacio problemático en el ámbito de las ciencias sociales. No es impertinente la pregunta de fondo

de si lo historiográfico es en definitiva una disciplina o es todo lo más un método, como se piensa desde ciertas posiciones teóricas. La historia de la relación entre la Historiografía y las demás ciencias sociales ha dado lugar a situaciones bien diversas. Una paradigmática es, sin duda, la de Francia de los años cincuenta y sesenta. Es cierto que en muchas ciencias sociales se "trabaja" en pura Historiografía, de la misma manera que Monsieur Jourdan hablaba en prosa, en la conocida obra de Molière, sin saberlo. O, más bien que sin saberlo, como era el caso de Jourdan, *sin quererlo confesar*, pues es evidente la pública prevención que ciertos supuestos científicos sociales alimentan, frente a la posible calificación de su oficio como menos "científico" de lo que ellos pregonan. ¿En qué consiste el análisis de la realidad social, desde muchas posiciones de la Sociología, la Politología o la Antropología, sino en el análisis de los datos históricos?

La Historiografía está, por tanto, en condiciones de aparecer en el conjunto de las ciencias sociales, sin ningún elemento de distinción peyorativa o de situación subsidiaria. La definición "científica" de la investigación social, se presenta problemática para *todas* las ciencias sociales y es improductivo, cuando no ridículo, que algunas corporaciones de estudiosos de la Economía, la Sociología, la Politología o la Antropología, por ejemplo, declaren, con machacona frecuencia y monótona insistencia, su "cientificidad" a golpe de manifiesto, mucho más que de teoría<sup>44</sup>, mientras cultivan el análisis histórico, y mientras ni Historia ni Historiografía aparecen identificadas, en su verdadera cualidad y especificidad, en los *memoranda* que elaboran algunos de tales supuestos científicos.

La efectiva práctica de las dos recomendaciones contenidas en ese par de proposiciones anteriores, significaría un importante cambio de perspectiva. Obligaría a aceptar definitivamente que la función básica de la formación de un historiador es la de inculcar en éste, no en modo alguno, el conocimiento de lo que *sucedió* en esa llamada "Historia" - eso está en los libros..., y la Historia, además, no es una sucesión de eventos-, sino cómo se construye el discurso historiográfico desde la investigación de aquella. Todo esto es plausible, aunque, de la misma manera, deba aceptarse que la función de las Facultades universitarias no sea únicamente

---

<sup>44</sup> Hablo sobre cosas concretas. Sobre textos, por ejemplo, nada infrecuentes, como el que aparece al principio de esa introducción a la Sociología, que es el libro de J.E. RODRIGUEZ IBÁÑEZ: *La perspectiva sociológica...*, que abre sus páginas con una "declaración programática": *La Sociología sí es ciencia*, mientras sobre "Teoría e Historia" se hacen algunas observaciones de las que lo menos que puede decirse es que ignoran absolutamente qué es lo que hace hoy la historiografía crítica seria. Cfr., Pp. 15 y ss.

la de formar investigadores. La enseñanza de las prácticas de tipo científico se basa en eso: conocer la Química, es saber cómo son los procesos químicos, no qué productos químicos existen. Es en el curso del aprendizaje de las técnicas de construcción del discurso histórico, como se aprende ese mismo discurso, no al revés; se aprenden, ciertamente, los hechos, pero, sobre todo, cómo se establecen los hechos...

En definitiva, no cabe engañarse: los historiadores que hoy salen de nuestras Facultades universitarias, son por lo general víctimas del "ingenuismo" teórico y metodológico que allí se les inculca y que en su momento, hace ya muchos años, denunciaron, entre otros, los padres fundadores de la escuela de *Annales*. Es hora de acabar con la suposición de que tal teoría y método se los proporcionará, en último extremo, la visita al archivo. Nuestros Licenciados apenas tienen noción, como hemos dicho, de lo que es el lenguaje de las ciencias de la sociedad, siendo así que la Historiografía no tiene otro sentido que el de ciencia de la sociedad. Pero no deben ser acusados por ello: se les ha educado así:

*"A fin de cuentas, toda su preparación ha consistido en concentrarse en los hechos singulares y obtener descripciones coherentes que sean agradables y sugestivas tanto como fácticamente cuidadosas"*, como dijo, con agudeza y extrema justicia, Ph. Bagby, para insistir después en que la educación de muchos historiadores ha sido "por desgracia y exclusivamente, humanística" y en que, ejemplificándolo en el caso de Arnold Toynbee, el historiador se ha visto privado de los instrumentos que necesitaba para la tarea elegida por él mismo"<sup>45</sup>. Es hora de pasar con toda decisión a construir otro estado de cosas.

## 6. UNA PROSPECTIVA COMO CONCLUSION.

Permítase nos, para concluir, proponer un ficticio vaticinio en el que bajo el juego nadie podría dejar de adivinar nuestros verdaderos temores.

Eso que hoy la gente llama **Historia**, lo que se propone al ciudadano como Historia, que elabora el profesional de la Historiografía o el escritor de ficciones documentadas, se convertirá en un futuro no muy lejano en una de estas dos cosas:

Se convertirá, por una parte, en una cultivada rama de la Literatura. La Historia se confundirá con la narrativa de acción, con la novela de reconstrucción de situaciones de

<sup>45</sup> Ph. BAGBY: *Historia y cultura*, Madrid, Taurus, 1959, pp. 15 y 219.

ficción. Ya lo es hoy en gran parte. Los literatos cultivan y cultivarán la ficción futurista y, de la misma manera, la historicista, la ficción del pasado. La ficción narrativa fuera del tiempo presente -hacia adelante o hacia atrás-, tiene cada día mayor cultivo. Cada vez más interesará la ficción del pasado, su reconstrucción imaginativa e ideal, pero que tenderá a irse identificando, de manera progresiva, con la ficción documentada. Lo que hoy conocemos como documentación histórica, será el fundamento de esta narración documentada. Esta tendencia es claramente visible en mucha novelística actual de éxito.

Y por otro lado, lo que la Historia tiene de **análisis social**, desde el punto de vista de lo que hoy son las ciencias sociales más o menos avanzadas, o lo es la ingeniería social, que incluye, cada vez más, **análisis retrospectivos**, análisis en amplia perspectiva que tiene que emplear materiales históricos, pasará a ser patrimonio de disciplinas de la prospectiva social, mucho más elaboradas que la investigación histórica convencional y que las ciencias sociales tal como las practicamos aún hoy. Los materiales retrospectivos, sobre sofisticados soportes y registros, serán ampliamente sometidos a otros tipos de tratamientos, bien distintos de los que hacen hoy los llamados "historiadores", bien distintos del análisis manual y lineal del archivo - que en su formato actual está llamado a desaparecer-. El análisis de la documentación del pasado -documentación de variadísimos tipos en la que ya no predominará el papel escrito-, será encomendada a *scanners*, que la verifirán en máquinas de tratamiento computerizado, de forma que si interesa realmente información precisa sobre determinados aspectos de la vida pasada, en lugares y momentos precisos, etc, la reconstrucción de esa información nos la harán programas de ordenador, cuyos datos serán proporcionados por esa investigación de las huellas, que el ordenador tratará por procedimientos análogos a los de la simulación actual. El ordenador reconstruirá las situaciones pasadas, a través de programas de simulación a los que se proporcionará los parámetros iniciales.

Lo que es la actual **investigación de la Historia** desaparecerá como tal, por la fuerza del cambio que ya se entrevé sin dificultad. Lo que hoy hacemos como investigación de la Historia, por su carencia general de identidad precisa, por la carencia de cualificación de sus cultivadores, está destinada a la extinción a plazo no muy largo. Lo que hoy puede llamarse **Historiografía** pasará de

forma natural a ser una parte, probablemente indeferenciada, de la exploración-ingeniería social. La investigación retrodictiva será una parte habitual ampliada -ampliada con respecto a lo que es ya hoy en el análisis de los comportamientos sociales, de los funcionamientos de sistemas, etc.-, de la investigación social general, que llevará adelante una ciencia-Ingeniería social cada vez más integrada. Los tractos más antiguos de la vida histórica tendrán menor interés ingenieril, pero su cultivo será propio de programas computerizados de cierto divertimento. No dejará de aparecer, en esta forma, la Historia Antigua... como juego de ordenador.

No habrá **historiador** en un plazo de tiempo no muy lejano. Habrá ingeniero de análisis social, técnico en prospectiva social, que tendrá, como parte de su trabajo, el análisis en el tiempo. Habrá literatos, ideadores de ficciones de Historia. Y hasta queda por ver si ambos tipos de proceso, el del análisis social computerizado y el de la reconstrucción de la ficción literaria, no convergerán, en la propia evolución de la ideación literaria, hacia la fabricación en serie de estereotipos, hacia una Industria de adiestramiento de la población en orientación hacia el futuro. ¿Debería preocupar esto a alguien?. A mí no, desde luego, en lo que respecta a las prácticas a las que hoy estamos habituados. Lo que yo desearía es que, en el cambio que se anuncia, pudieran introducirse rectificaciones, que el historiador fuera salvable como figura identificada, autoidentificada, y el conocimiento de la Historia, sirviera de verdad para el progreso humano.

Por ello, he aquí para finalizar, mi visión de nuestros pecados y mis propuestas de salvación. En definitiva, si hubiéramos de exponer, en unas cuantas proposiciones escuetas y directas, nuestras culpas, nuestros propósitos de la enmienda y nuestras esperanzas, yo diría que debemos construir nuestro futuro sin olvidar estas cosas:

**Una**, que la Historia es una realidad que los historiadores no han definido nunca con claridad y precisión. Y urge hacerlo. Lo primero que debe decirse es que la Historia es una función del cambio, a escala universal y a escala de lo humano, y que el tiempo no es sino la epifanía de ese cambio. No hay concepto de la Historia si no se teoriza primero el tiempo. Y esa teorización será útil si explica el cambio de los hombres.

**Dos**, que no hay más conocimiento relevante de la Historia que el que se obtiene por la vía de una práctica científica. Los historiadores hemos sido hasta hoy incapaces de formular los principios de tal práctica. Sin ella no es

concebible el avance de la Historiografía, sino su progresiva marginación.

**Tres**, que la Historia se investiga en el horizonte del método científico, y tal método se va estableciendo y perfeccionando día a día, con el auxilio de todos los instrumentos a nuestro alcance. La validez del conocimiento de la Historia, sólo puede asegurarse por la consistencia de los métodos empleados. Pero la construcción de un método historiográfico deberá ser hecha por los historiadores mismos.

**Cuatro**, que conocer la Historia, esto es, fundar la Historiografía, es conocer, o sea explicar, los **estados de los sistemas sociales** y el proceso de su cambio, cambio sujeto a grados que incluyen el cero. Conocer cómo y por qué se producen los cambios y cuáles son los nuevos sistemas aparecidos, no es cosa de la literatura ni de la ingeniería.

**Cinco**, que la tarea del historiador es explicar la Historia y fundar la Historiografía, mediante un proceso de exploración-teorización de la realidad. Si no hay *explicación*, no hay Historiografía. Si no hay *teorización*, no puede haber explicación.

**Seis**, que el historiador del futuro será un teórico o no será nada.